Las fotos

Inés Ulanovsky

blatt & ríos



Edición definitiva

Las fotos

Inés Ulanovsky

blatt & ríos

Índice

Cubierta
Portada
Dedicatoria
AMIA 1997
Archivos incompletos
Sudestada
El encontrador de fotos
El fotógrafo
La fotógrafa
Veintiséis fotogramas
La hija del Tiburón
Tito y Ema
La foto de *Sur*
La nena de la foto
Las vidas de Oscar
Nadie quisiera encontrar sus propias fotos en la calle
Dos fotos nuevas de Eva
Fotos Mar del Plata

Un final
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Créditos
Últimos títulos publicados en Blatt & Ríos

Para Bruno y Carmela

"La fotografía repite mecánicamente
lo que nunca más podrá repetirse existencialmente".

Roland Barthes

En el año 2003 descubrí algo de características extraordinarias en mi archivo fotográfico personal. Diez años después escribí una crónica de ese hallazgo y empecé a prestarle especial atención a las historias protagonizadas por fotos.

En *Las fotos* se narran hechos que efectivamente ocurrieron. Trabajé con archivos y material documental (grabaciones, fotografías, publicaciones, cartas, diarios íntimos y mails). Al final de cada capítulo se encuentra la foto mencionada en el texto. Las fotos no tienen el fin de ilustrar los textos y los textos no están ahí para explicar las fotos. Me interesa especialmente lo que ocurre en el encuentro de esos dos lenguajes tan diferentes y opuestos pero, de algún modo, complementarios.

En mis viejos cuadernos encontré algunas ideas sobre los archivos fotográficos. Trabajé en varios. En una libretita del 2013 escribí: "Los considero espacios caóticos y abrumadores pero llenos de tesoros que esperan ser descubiertos". En otra de 2015, decía: "Me interesan los archivos fotográficos porque tienen la particularidad de atravesar al mismo tiempo universos sociales, políticos, personales, íntimos, materiales, históricos, familiares y simbólicos".

Trabajé con fotos que provienen de lugares completamente diferentes (desde álbumes familiares hasta prontuarios policiales), pero que comparten una misma característica: la historia les otorgó un protagonismo inesperado.

El azar entendido como "una combinación de circunstancias o de causas imprevisibles no lineales, sin plan previo y sin propósito" también podría ser uno de los temas de este libro.

En *Las fotos* se narran algunos hallazgos accidentales. Esos que no deberían ocurrir pero ocurren. Más allá de mi predilección romántica por lo analógico en general, tengo un interés particular por las fotos de papel, los negativos y las diapositivas. La devoción que siento por el objeto-foto es la materia prima con la que escribí este texto.

El vínculo entre fotografía y escritura está documentado desde los primeros intentos por lograr algo que parecía imposible: imprimir imágenes en un papel.

En 1816 el científico francés Joseph Nicéphore Niépce consigue fijar parcialmente una imagen del exterior de su estudio sobre una lámina de papel recubierta de cloruro de plata. En mayo de ese año, junto con las primeras pruebas, le envía a su hermano Claude un texto en el que describe las formas abstractas que aparecen representadas en el papel. Niépce necesita de las palabras para explicar lo que la técnica todavía no logra: una imagen clara.

Diez años después, utiliza una cámara oscura y una placa de peltre de 20 x 25 cm. Desde la ventana de su estudio y con una exposición que dura más de ocho horas, obtiene la primera imagen fotográfica de la historia.



Punto de vista desde la ventana de Le Gras Heliografía original. Placa de peltre, 1826.

Foto: Joseph Nicéphore Niépce

AMIA 1997

Mis padres y yo vivíamos en un departamento antiguo en Viamonte y Pasteur –justo en la esquina de la AMIA– cuando explotó la bomba. Todos los vidrios de todas las ventanas de nuestra casa, que eran muchas, estallaron. Tuvimos suerte. Solamente sufrí un corte en la muñeca izquierda. Me quedó una cicatriz casi imperceptible ubicada en el lugar exacto en el que un suicida se cortaría las venas. La concibo como una marca, un recordatorio de ese día que está entre los peores que viví. Desde la explosión, mi edificio y el de enfrente se convirtieron en un punto estratégico. Cada 18 de julio, reporteros y camarógrafos se instalaban a cubrir los aniversarios del atentado desde nuestras ventanas.

En esos años empecé a sacar fotos, pero todavía me daba vergüenza fotografiar a desconocidos de cerca. Entonces sacaba fotos desde mi ventana. Unos minutos después de la explosión fotografié mi cuarto, mi escritorio, las ventanas rotas y la escalera. Todo había quedado completamente cubierto de partículas de vidrio. Todavía recuerdo la sensación de estar temblando sin poder poner el rollo en la cámara.

Por esa cercanía geográfica, en cada aniversario –casi como un ritual– hacía una foto. Cuando se cumplieron tres años del atentado, en julio de 1997, también saqué algunas fotos. Revelé el rollo en mi

laboratorio casero, pero nunca hice copias. En 2003, en medio de una mudanza, encontré una caja de cartón con mis primeros negativos. Eran todos blanco y negro. Estaban guardados en sobres iguales escritos a mano. Miré uno por uno, con una lupa, a través de la ventana. Uno de los sobres decía "AMIA 1997". Lo abrí. En el primer fotograma del rollo había un grupo de personas en la terraza del edificio de enfrente. El siguiente era la imagen vertical de un fotógrafo asomándose por la ventana con su cámara pegada al ojo. El tercero, la imagen horizontal del mismo fotógrafo pero más cerca. La foto siguiente era una vista general del acto sobre la calle Viamonte. Apenas vi esos negativos ya me pareció que era él. Cuando los escaneé, lo confirmé: ese fotógrafo que se asomaba por una ventana era Diego Levy, mi marido. Le había sacado una foto antes de conocerlo.

La foto que Diego Levy hizo en ese momento fue publicada en la página dos del diario *Clarín*, el 19 de julio de 1997. El epígrafe decía: "Todos juntos. Una multitud se concentró ayer en los alrededores de Pasteur al 600 para reclamar justicia".

La imagen es cenital. Hay muchísimas personas en el cruce de las calles Viamonte y Pasteur, y cinco camiones de diferentes canales de televisión que forman una fila ordenada. En el extremo izquierdo se ven dos de los seis pisos del edificio antiguo estilo francés, ubicado en Viamonte 2295, en el que viví durante siete años con mi familia.



Amia, 1997
Foto: Inés Ulanovsky

Archivos incompletos

El 12 de marzo de 2008 Daniel Bibiano vio una foto de él publicada en el diario. En la imagen Daniel mira a cámara y está serio. Tiene puesta una remera blanca, una camisa gris y un pulóver oscuro que no recordaba haber usado. Leyó por arriba la nota que *Página/12* tituló "Imágenes en busca de la memoria", hasta que encontró su apellido. Decía que Pedro Tomás Bibiano era un carpintero nacido en 1946, que formaba parte de las FAL (Fuerzas Armadas de Liberación). Había sido fotografiado por la policía al quedar arrestado en un operativo que buscaba evitar el asesinato de Rudecindo Pascual Nadal, Comandante de arsenales del Ejército Argentino y que se encontraba desaparecido desde 1976. Daniel sabía algunos de los datos publicados en la nota pero le costó entender que el de la foto era Pedro Tomás Bibiano –su padre–, y no él mismo como pensó apenas la vio. No conocía la imagen adulta de su padre, por lo tanto tampoco sabía el parecido físico que los unía. Por cuestiones económicas primero y de seguridad después, en la familia de Daniel siempre hubo pocas fotos. Después de esa detención fotografiada Bibiano salió en libertad, pero el 8 de abril de 1976 un grupo de tareas se lo volvió a llevar. Lo secuestraron en una casa ubicada en el barrio de Soldati y, junto con él, se llevaron todas sus cosas: la ropa, los muebles y las fotos. Esa noche Daniel y su madre también

iban a estar en Soldati, pero a último momento decidieron no ir. Unas vecinas los ayudaron a esconderse. Los disfrazaron y los llevaron por separado a una estación de tren para que pudieran escaparse. En los años siguientes cambiaron de casa, de ciudad y de trabajo, pero nunca dejaron de buscar a Tomás.

Esa misma tarde Daniel llamó a la redacción de *Página/12* para pedir los datos de las personas que habían encontrado la foto de su padre.

El 12 de marzo de 2008 Lucila Quieto y yo estábamos en ARGRA (Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina) cuando recibimos el llamado telefónico de Daniel. Atendí yo. Me contó que su papá estaba desaparecido y que nunca había visto una foto de él a esa edad, que sólo tenía dos o tres en donde aparecía de lejos o era más joven. Por eso y por el parecido físico, pensó que el de la foto era él mismo.

Le pedí que por favor viniera a buscar una copia. A la mañana siguiente, Daniel y Marta (su madre) llegaron a ARGRA puntuales y emocionados. Les mostramos todo el material que habíamos encontrado y les entregamos un sobre con varias copias de esa foto que fue rescatada gracias a una cadena de acontecimientos improbables pero reales, que detallo a continuación:

1) En el año 2000 el diario *La Razón* fue adquirido por el grupo *Clarín*.
2) La empresa decidió tirar su archivo fotográfico a la basura.
3) ARGRA recibió un llamado telefónico que daba cuenta de esa situación.

4) Un socio de ARGRA se acercó al volquete y logró rescatar siete bolsas de consorcio repletas de fotos y archivos de papel. Las llevó a la Asociación, lugar en el que quedaron guardadas durante siete años.
5) En 2007 Lucila Quieto y yo fuimos convocadas para organizar el archivo de ARGRA.
6) En febrero de 2008 abrimos las siete bolsas de consorcio. Encontramos fotos y negativos, pero también varios sobres de papel madera que llevaban escritos a máquina las palabras "Subversión", "Extremistas" y "Allanamientos".
7) Descubrimos que los sobres contenían recortes periodísticos, legajos policiales originales y circulares de prensa, fotos de la imprenta y de la fábrica de armas de la JCR (Juventud Comunista Revolucionaria), de la cárcel del pueblo de las FAL y retratos de personas detenidas e identificadas con nombre y apellido, fecha de nacimiento y ocupación. Todo fechado en 1975.
8) Buscamos esos nombres en internet y nos enteramos de que muchos de ellos estaban desaparecidos desde la última dictadura militar.
9) Recurrimos al Equipo Argentino de Antropología Forense. Ellos completaron la información de varios de los fotografiados y nos confirmaron el enorme valor del hallazgo.
10) Escaneamos y copiamos todo en formato grande. Con ese material decidimos hacer una muestra fotográfica a la que llamamos *Archivos incompletos*.
11) Redactamos una gacetilla de prensa que incluía una selección de veinte fotos y la mandamos a varios medios de comunicación.

12) El diario *Página/12* publicó un adelanto de la muestra en su edición del 12 de marzo y eligieron ilustrarla con la foto de Pedro Tomás Bibiano.

13) El 12 de marzo al mediodía, Daniel Bibiano se vio a sí mismo en una foto en el diario.

14) El 13 de marzo a la mañana, Daniel recibió un sobre con varias copias de una foto de su padre que no había visto nunca y que tampoco sabía que existía.

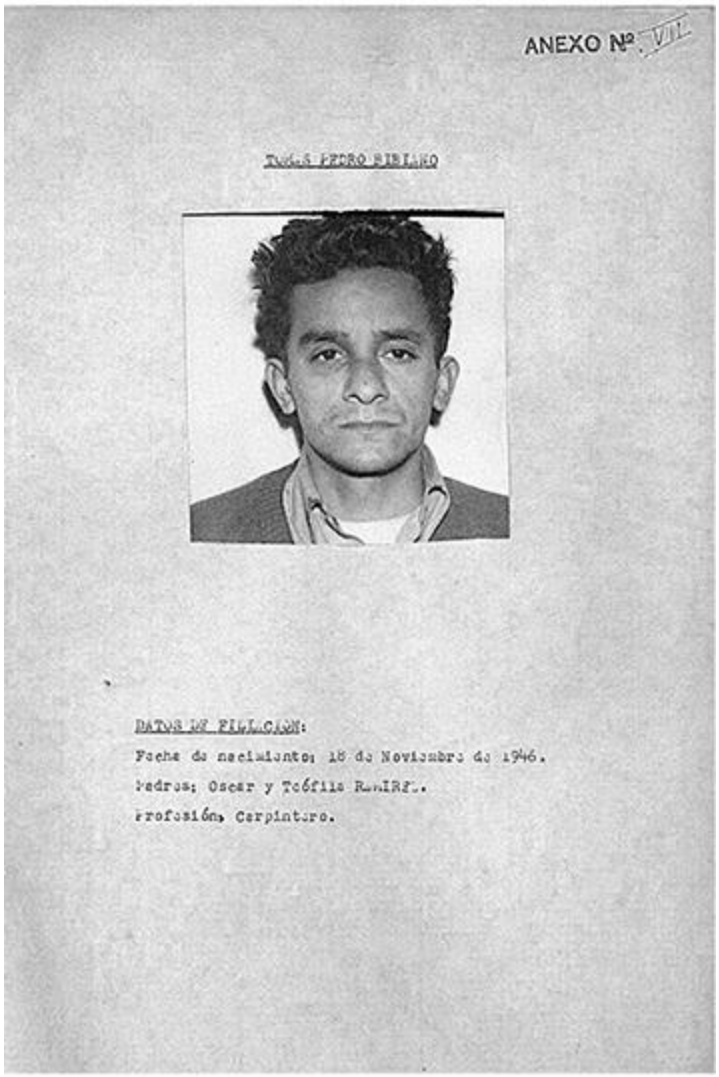
Esas fotos que eran tomadas por la policía y luego distribuidas a los medios de comunicación tenían una estética propia. Los prisioneros que miraban a cámara eran iluminados con un flash muy potente que dejaba ver todos los detalles: golpes, cortes y cuerpos sin ropa tapados de manera torpe con frazadas. Al mirarlas con detenimiento es posible advertir el terror de los fotografiados. Las fotos de los allanamientos –en cambio– parecen ser una puesta en escena. Libros de Marx, armas, balas, valijas de doble fondo y documentos falsos, organizados en perfecto orden sobre manteles de hule estampados con flores.

En 2018 –diez años después de haberlo visto por última vez– volví a contactar a Daniel. Me interesaba saber cómo era su vínculo con la foto del prontuario.

—Es una foto difícil, me cuesta ver a mi padre mirando a cámara con esa expresión tan tremenda. Desde que la tengo, volví a verla sólo dos o tres veces.

La del prontuario no es la última foto de Tomás. Hay una posterior. Es color. Tiene puesta una camisa blanca, un suéter rojo con rombos

y un pantalón gris. Está más flaco y tiene unos bigotes setentistas que modifican su aspecto. Parece preocupado. Lo rodean dos mujeres y mira de reojo algo que no aparece en la foto, que está fuera de cuadro.


ANEXO Nº. VII

Tomás PEDRO BIBIANO

DATOS DE FILIACIÓN:

Fecha de nacimiento: 18 de Noviembre de 1946.

Padres: Oscar y Teófila RAMIRE.

Profesión: Carpintero.

Prontuario policial de Pedro Tomás Bibiano fechado en 1975

Sudestada

Un trofeo de pesca, un suéter estilo Bariloche, un banquito y un vaso verde son los únicos objetos que Maia Gattás Vargas heredó de su padre. El vaso verde se lo dio su tía abuela, que murió a los 90 años. Él había vivido unos meses en su casa y ella afirmaba que ese había sido su vaso. La veracidad de esa información está en duda porque su tía abuela también veía duendes por todos lados. El suéter estilo Bariloche se lo dio su otra tía. Cuando Maia empezó a usarlo, su mamá le dijo que no recordaba haberlo visto antes. La abuela le dio un banquito de madera que según ella había construido su padre. Maia lo pintó para usarlo como mesa de luz. Al verlo terminado su mamá le dijo que "de ese banquito –ella– no tenía ni idea".

Con el trofeo de pesca nunca hubo dudas. No tiene una chapita con el nombre grabado del ganador de la competencia pero esa estatuilla de bronce y mármol con la figura de un pez arqueado mirando hacia arriba era propiedad de Luis Andrés Gattás, su papá. También está la foto. El día que su mamá se la mostró por primera vez, le dijo que había sido especial para ella, tanto que la había mantenido guardada adentro de una biblia durante más de veinticinco años. La había sacado un amigo a orillas del Río de la Plata el 22 de septiembre de 1979. Al papá de Maia le encantaba

pescar y ese era su lugar preferido en el mundo. Apenas la revelaron la hicieron bendecir por un cura. La foto se convirtió en un fetiche, en una especie de talismán, de estampita. En el reverso, habían escrito con birome azul: "Dios es amor y el que ama permanece en el amor y Dios en él". La tinta se fue borrando y aunque ahora sólo se ve el surco de esas palabras marcadas en el papel, todavía es posible leerlas. En la foto están los padres de Maia abrazados y sonrientes con el Río de la Plata iluminado por el sol como único fondo. Algunos veleritos blancos parecen recortados sobre el horizonte, que es marrón pero también azul o posiblemente gris. En julio de 1986 nació Maia y dos meses después su papá salió a pescar con su amigo Alejandro. Fueron al río por la zona de Olivos en un Peugeot Azul. Tenían puestos pulóveres de lana gruesos y llevaban el equipo de pesca en un kayak. Unos prefectos que recorrían la zona los vieron entrando al río y fueron a advertirles que venía una sudestada. Un sitio especializado en fenómenos meteorológicos dice que "el primer indicio del comienzo de una sudestada lo da un descenso continuo de los valores de presión mientras el viento rota al sur y luego al sudeste. El cielo comienza a cubrirse con nubes medias y bajas. Cuando la presión disminuye, el viento aumenta en intensidad y comienzan a producirse lluvias continuas. La alineación del río con el viento también da lugar a fuertes oleajes que hacen peligrosa la navegación". Volvieron al auto y se los vio alejarse. Al día siguiente empezó la búsqueda. La Prefectura, la Policía, los buzos salvamentistas, la familia, los amigos y los helicópteros. Todo el mundo los buscaba. La mamá de Maia estaba convencida de que a su marido lo había rescatado un barco pesquero japonés y que pronto recibiría una llamada de él desde algún país asiático. Con la

idea de direccionar la búsqueda, contrataron a Federico Rosales, un parapsicólogo que les dijo que Luis iba a aparecer cerca de un águila. En esas horas también circuló la versión de que en realidad habían sido secuestrados y estaban en una casa en el Tigre. Sus amigos se organizaron y fueron a recorrer la zona en varios autos, con la ilusión de que eso fuera cierto. Después de cinco días de intensa búsqueda, la Prefectura recibió una llamada. El 24 de septiembre apareció un cuerpo en el río. Lo encontraron a varios kilómetros de la entrada por la que se supone que él y Alejandro habían ingresado en él. Luis Andrés Gattás –el papá de Maia– apareció flotando justo en el lugar de la foto feliz, a unos doscientos metros de un parador llamado El Águila, que todavía existe. Ahora se llama Águila Club y su web lo define como "un lugar diferente, con un estilo diferente". Junto con el cuerpo, la prefectura le entregó a su familia una bolsa con sus objetos personales: el reloj de Luis, que no era sumergible pero que seguía funcionando, y un llavero de bronce con forma de ancla.

Maia es alegre. Nunca le tuvo miedo al agua, ni a la muerte, ni a las tragedias, pero el día que cumplió 27 años la invadió una tristeza rara, desconocida. No entendía por qué, hasta que se dio cuenta. Ya era más grande que su papá, que al momento de morir tenía apenas 27. En ese tiempo estaba obsesionada por entender qué lo había llevado a entrar al río a bordo de un kayak, sin salvavidas y con un aviso de sudestada. Cada vez que había una, se acercaba al río a filmarlas; a ver cómo eran, cuánto duraban; a sentir la intensidad del viento en la cara. También descubrió los diarios íntimos de su abuela y de su mamá. Con distintos estilos, las dos registraban todo. En el diario de ese año, su mamá dejó de escribir el día que desapareció

su papá. Dejó ocho páginas en blanco y cuando lo retomó, no escribió nada referido a su muerte. En el de su abuela encontró un registro minucioso de los días desesperados de la búsqueda.

Sábado 20 de octubre: *Verdaderamente todos creemos que lo que estamos viviendo y experimentando es una película o una pesadilla.*

Domingo 21: *2 hs della mattina. Estoy con Maia en la cocina, la tengo dormida dentro de su moisés. La cuido para que Marisa pueda dormir un rato. Ha sido una jornada agotadora. Muy cargada de emociones. ¡Dios mío! Los buscamos sin encontrarlos. Los vamos a encontrar sanos y salvos.*

Lunes 22: *21 y 25 hs. Otra jornada agotadora! Fui a S. Isidro con Susy y tomé contacto con la realidad. Hablamos con el prefecto de la zona. Fuimos a un parapsicólogo. Debemos esperar hasta mañana… Incertidumbres, corridas, idas y vueltas. Señor, tú tienes el timón en las manos, Tú eres padre.*

Martes 23: *8 y 30 hs. Continúan buscando a Luis y Ale. ¡Por favor, Señor! Escucha la oración de tu pueblo y ten misericordia. Humildemente ofrezco mi vida. Si mi vida la quieres aquí o allá, en ese misterio insondable. Perdón, Señor, mi arrogancia. Si soy útil, si me necesitas, aquí estoy. Estoy dispuesta. Amén.*

Miércoles 24: *Virgen de la Merced, tenga piedad usted. Madre del Pan. ¿Dónde están? ¿Dónde está Luis? Se renueva la búsqueda 7 y*

30 hs. 15 hs. Encontraron a Luis. Encontraron a Alejandro.

Viernes 26: *Mientras escribo tengo los ojos inflamados por el llanto. Te extraño, Luis, todos te extrañamos. El último tiempo te noté serio y preocupado. Los exámenes, el trabajo. Me hablaste del cajón cerrado mientras ojeabas el diario. ¿Un presentimiento? ¿Un sueño premonitorio? Todos nos sentíamos tan bien con tu compañía. Sabemos que desde el cielo ayudarás a Maia y a Marisa. A todos! Nadie puede escapar a su muerte. La tuya fue blanca, brillante, inmortal!*

Lo único que Maia sabía sobre su apellido era que tenía un origen árabe. Después se enteró de que era palestino. Pero cuando buscó su significado, el primer resultado que le apareció en Google sobre la palabra "Gattas" fue "hombre bajo el agua".



Marisa Di Giambatista y Luis Andrés Gattás el 22 de septiembre de 1979

El encontrador de fotos

Katherine Jagodnik Chab almorzaba con su familia cuando vio en el celular un nuevo posteo en Facebook de *Negativos encontrado*s. Se había unido a ese grupo, que rescataba las fotos que otros habían descartado o perdido.

Un retrato antiguo la atrajo especialmente. Una pareja y sus tres hijos miran a cámara y sonríen. Después de observar durante un rato se dio cuenta. La nena era su abuela Martha y la señora elegante era Victoria, su bisabuela. Katherine les mostró a sus padres y a su abuela la pantalla del celular y ellos la miraron sin entender cómo esa foto había llegado ahí. Cuando Katherine les explicó que pertenecía a un grupo que se ocupaba de rescatar fotos ajenas, entendieron menos.

Todos querían saber quién había tirado y quién había encontrado esa foto, objeto inequívoco del patrimonio de la familia Chab.

Katherine mandó un mensaje haciendo esas preguntas a *Negativos encontrados.* Jimena Almarza, su administradora, le contestó que las había publicado Mariano Libertella, considerado uno de los mayores "encontradores" de fotos del grupo.

En 2015 Mariano Libertella caminaba por el barrio de Chacarita. En la esquina de Forest y Corrientes vio una montaña de cajas y papeles. Ahí se detuvo a revisar. Él sabe que cuando hay muchos

papeles tirados en la calle, es probable que también haya fotos. Lo sabe porque ya le pasó. Incluso desde antes de saber que la fotografía encontrada era un género, él las coleccionaba. Calcula que su acervo está compuesto de más de mil imágenes.

Dentro de esa montaña de papeles y basura abandonada en el barrio de Chacarita, había fotos. Eran antiguas y eran lindas. Con ellas había una cédula de identidad de un señor llamado Jacobo Chab. Mariano se llevó todo y lo digitalizó, pero lo publicó en la página de Facebook tres años después.

Ahí fue cuando Katherine descubrió a su abuela y se contactó con él. Quedaron en encontrarse un domingo a la tarde en el bar Plaza del Sol, ubicado en Floresta. Khaterine no fue sola. La acompañó su abuela Martha, la nena que sonreía en la foto. En esa reunión –a la que todos sus asistentes describieron como "emotiva"– Mariano le devolvió las fotos a la familia Chab.

Ellos, que siempre vivieron en el barrio de Belgrano, no pudieron saber quién tiró esas fotos ni cómo llegaron a esa esquina de Chacarita.



Familia Chab
Foto: Estudio Amanda

También en 2015, Mariano caminaba por Villa Lugano cuando vio una foto tirada en la calle: un hombre y dos nenes. Ninguno de los tres está mirando lo mismo. Da la sensación de que fue disparada unos segundos antes de que se terminaran de acomodar para la toma. La imagen está deteriorada, rayada e invadida de marcas blancas.

Mariano la publicó en *Negativos encontrados*, una chica reconoció a sus protagonistas y les avisó. Los nenes de la foto –ya adultos– eran Aranzazu y Fernán, y el hombre, Daniel, su padre.

La foto la había sacado la madre de los nenes en 1992 cuando festejaban el primer cumpleaños de Fernán y es una de las últimas en las que están juntos. Un año después, Daniel murió en un accidente aéreo.

En 2014 Fernán, Aranzazu y su madre cambiaron de barrio. La empresa encargada de mudarlos desde Villa del Parque a Parque Chas perdió una caja que contenía un portarretrato en el que estaba esa foto.

Mariano citó a Aranzazu y a Fernán en el mismo bar de Floresta y les devolvió la foto.

Aranzazu mandó a enmarcarla de nuevo y la colgó en su habitación.



Fernán, Aranzazu y Daniel, 1992

A Mariano le interesan los archivos desde siempre. Su padre era el músico, bandoneonista y compositor José Nicolás Libertella, fundador del grupo instrumental de tango Sexteto Mayor. Desde chico ayudaba a ordenar las fotos, recortes y grabaciones de las giras del grupo. Además, tiene una gran colección de casetes con fragmentos de sus programas radiales preferidos.

En su lista de hallazgos callejeros figuran también dos álbumes de un casamiento ocurrido en los noventa y protagonizados por la novia más seria del mundo, una caja con cinco libros hechos a mano –increíblemente bellos– que incluyen fotos, postales y anotaciones de un grupo de mujeres que viajaban por Europa en la década del sesenta, y una bolsa repleta de fotos y cartas –rotas en muchos pedazos– de la vida de una chica que Mariano se ocupó de reconstruir como si se tratara de un rompecabezas.

No quiere tirar ninguna de esas fotos que se perdieron en circunstancias no demasiado claras, o que alguien decidió tirar. Las guarda en el garaje donde trabaja porque piensa que tal vez puedan volver a las manos de sus dueños.

El fotógrafo

1996. Alfredo Mazzorotolo llama por teléfono a su hija María Teresa y le pide que vaya para su casa. Ahí la esperan dos editores fotográficos que visitan a su padre. María Teresa saluda y Alfredo se va a su habitación. Unos minutos después, vuelve con unas cajas de zapatos repletas de sobres de papel madera con negativos de celuloide y placas de vidrio. Los editores miran el material y sonríen. Están sorprendidos. Sabían que Alfredo había sido fotógrafo personal de Evita, pero no imaginaban la existencia de semejante archivo: las cajas contienen unas mil fotos inéditas de Eva Duarte de Perón. María Teresa también está sorprendida. Ella tampoco las había visto antes.

Los editores compran veinte fotos y se despiden. María Teresa guarda los sobres en las mismas cajas en las que estuvieron tantos años, mientras su padre le pide un favor.

—Cuidame los negativos, yo ya los cuidé durante mucho tiempo.

1946. Alfredo Mazzorotolo trabaja como reportero gráfico en el periódico *El Laborista*. Gracias a su buen desempeño, es ascendido al cargo de supervisor general del área gráfica en la Editorial Democracia. Alfredo redacta una carta dirigida a sus superiores en la

que pide ser acreditado para poder seguir y fotografiar a Eva Perón en todas sus actividades.

El pedido es aceptado y Mazzorotolo se convierte en uno de sus cinco fotógrafos personales. La acompaña todo el tiempo. En su despacho, en los actos oficiales y en sus viajes por el interior del país.

1952. El 26 de julio a las 21:46 el locutor oficial Jorge Furnot lee por la cadena de radiodifusión un comunicado que dice: "Cumple la Subsecretaría de Informaciones de la Nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la República que a las 20:25 horas ha fallecido la señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación". Sus cinco fotógrafos cumplen con el pacto que habían asumido unos meses antes, y destruyen los negativos en los que el deterioro físico de Eva es evidente.

Mazzorotolo escribe una carta en la que pide ser trasladado a Presidencia. Su pedido es aceptado y se convierte en uno de los fotógrafos personales de Juan Domingo Perón.

1955. Alfredo Mazzorotolo está en la Editorial Democracia. Revisa los ficheros, separa todos los negativos de su autoría y se los lleva sin que nadie lo vea. Los guarda en el baúl de su flamante Fiat 1100. Pasa a buscar a Tomasa –su mujer– y a sus dos hijas y maneja los 450 kilómetros que lo separan de Micaela Cascallares, su pueblo natal ubicado al sur de la provincia de Buenos Aires. La familia se instala en la casa de campo del hermano de Alfredo. Los primos duermen juntos en colchones tirados en el piso y forman un campamento improvisado. Se divierten. Los grandes escuchan la

radio. También escuchan explosiones lejanas. Una versión indica que las tropas se acercan por la ruta 3.

Con la ayuda de su hermano y sin que nadie más de la familia lo advierta, Alfredo hace un pozo ubicado al lado de un eucaliptus. En ese lugar, entierra una caja que contiene todos sus negativos.

1956. Se firma el Decreto-Ley Nº 4161 de prohibición de propaganda peronista. En su artículo 1 dice: *Queda prohibida en todo el territorio de la Nación la utilización, con fines de afirmación ideológica Peronista, efectuada públicamente, o propaganda Peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del Peronismo. Se considerará especialmente violatoria a esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios Peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto o el de sus parientes, las expresiones "peronismo", "peronista", "justicialismo", "Justicialista", "tercera posición", la abreviatura "PP", las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales "Marcha de los Muchachos Peronista" y "Evita Capitana" o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos. Aquellos que infringieran este decreto-ley serían penados*

con prisión de treinta días a seis meses y multa de m$n 500 a m$n 1.000.000.

1957. María Teresa tiene 7 años. Su padre llega del trabajo. En una mano tiene un bolso con su equipo fotográfico y en la otra, una porción de torta decorada con florcitas de azúcar. Ahora Alfredo es fotógrafo de casamientos y cumpleaños. Como todas las noches, se encierra en un vestidor vacío en el que funciona su laboratorio fotográfico. María Teresa lo sigue y entra con él. Ya sabe las reglas, no puede tocar nada. Su padre prende una luz roja y distribuye unos líquidos que tienen un olor fuerte dentro de unas cubetas de plástico. Corta unos negativos que había revelado la noche anterior y coloca una de las tiras en la ampliadora, un aparato extraño del que sale una luz proyectada. Ubica un papel blanco y brillante debajo de la ampliadora, la prende y cuenta en voz baja hasta treinta. La apaga y sumerge el papel en una de las cubetas. María Teresa ya sabe lo que va a pasar. Magia. Su papá agita la cubeta y en pocos segundos hace aparecer en el papel sumergido la imagen de una novia que tiene un vestido parecido al de una princesa.

1975. Alfredo Mazzorotolo viaja solo a Micaela Cascallares. Pasaron más de veinte años desde la última vez que estuvo ahí. El campo de su hermano está a la venta y ya no queda más tiempo. Cuando llega, camina desde la tranquera hasta el segundo eucaliptus. Después de unas horas de trabajo, la pala toca la caja enterrada. Alfredo Mazzorotolo recupera sus negativos y los lleva a Buenos Aires. Los guarda distribuidos en cajas de zapatos, adentro de un modular que mantiene cerrado con llave.

1998. El 19 de junio, a los 84 años, muere Alfredo Mazzorotolo. Unos días después María Teresa se lleva a su casa los negativos. Con la ayuda de un amigo y un escáner básico, digitaliza unas trescientas imágenes y ve por primera vez las fotos que su padre le sacó a Eva Perón.

2019. María Teresa Mazzorotolo me recibe en su casa de estilo colonial ubicada en Parque Chacabuco. Todo está invadido de canastos y cajas. Me ofrece un café y se disculpa por el desorden. Ella y su esposo van a mudarse a un departamento de tres ambientes. Nos sentamos en la cocina, en donde hay una mesa de madera ubicada al lado de una gran ventana. Después de hablar durante una hora se disculpa otra vez y desaparece unos minutos. Vuelve con uno de los negativos de su padre. Está envuelto en un papel blanco, de pulpa de celulosa, gramaje ligero y PH neutro, que asegura su preservación en el tiempo.

Es una placa de vidrio de Eva junto a un grupo de mujeres que sonríen. María Teresa lo sostiene con cuidado mientras lo vemos a través de la ventana. Me impacta estar tan cerca de ese original de 1948. El soporte de vidrio tiene una calidad superior a la del celuloide. Miro los detalles que componen esa imagen y pienso en el increíble recorrido que debió hacer esa foto que tengo ahora ante mis ojos.

María Teresa es historiadora y siempre había estado interesada en estudiar sobre la Edad Media.

—Yo a Evita la conocí a través de las fotografías de mi papá. No había leído nada sobre ella. Después de ver unas setecientas fotos,

fue que leí todos sus discursos y estudié su vida y su obra. Ahora siento que la conozco de una forma íntima. Eva es una parte importante de mi vida.

Todavía no sabe en qué parte de su casa nueva ubicará los negativos que su padre le pidió que cuidara.

—Algún lugar tendrán. Donde van ellos, voy yo.



Evita en su despacho con el Ballet de la Falange Femenina Española, de gira por Argentina, Ciudad de Buenos Aires, 1948
Foto: Alfredo Mazzorotolo

La fotógrafa

En 1974 mi mamá era fotógrafa. El 2 y 3 de julio de ese año cubrió el multitudinario sepelio de Juan Domingo Perón para la agencia Noticias Argentinas.

Ella me lo había contado varias veces, pero yo nunca había visto esas fotos. Los negativos habían quedado en poder de la agencia y no era habitual quedarse con las copias. En noviembre de ese año mi mamá cambió de país y después, de profesión. Creo que nunca se lo dije pero de todas sus versiones, la fotógrafa siempre fue mi preferida. Me gustaba ver eso que hacía cada vez que salía a trabajar: le ponía el rollo a la cámara, le cambiaba las pilas al flash, disparaba dos o tres fotos al aire y se colgaba su bolso verde, siempre lleno de objetos extraños que me parecían fascinantes.

Ella fotografió mis primeros años de infancia con precisión técnica, responsabilidad documental y esa pulsión de registro que sólo tienen las madres.

En julio de 2012, yo también era fotógrafa y trabajaba en el área audiovisual del Archivo Nacional de la Memoria. Nuestra tarea consistía en buscar material fotográfico en archivos públicos y privados; rescatarlos y ponerlos en valor; ubicar, mirar, limpiar,

digitalizar, retocar e indexar imágenes inéditas o perdidas y volverlas visibles de nuevo.

Una tarde, un compañero trajo una bolsa con negativos de los que se sabía muy poco, sólo que provenían de la agencia Noticias Argentinas y que habían quedado guardados en un mueble o perdidos en un limbo, o todo eso al mismo tiempo.

Eran varios sobres de papel manteca –originalmente blancos– que ya habían adquirido un color amarillo, producto de la acción de los químicos fotográficos y el paso del tiempo. Había varios que no tenían ningún tipo de información y había otros que tenían escrito a mano con lapicera azul los siguientes títulos: "Velorio de Perón, rampa Congreso", "Isabel anuncia la muerte de Perón", "Perón velorio, vista general" y "Velorio de Perón, gente en la calle". Era la letra de mi mamá. Algunos sobres llevaban sus iniciales (MM, por Marta Merkin).

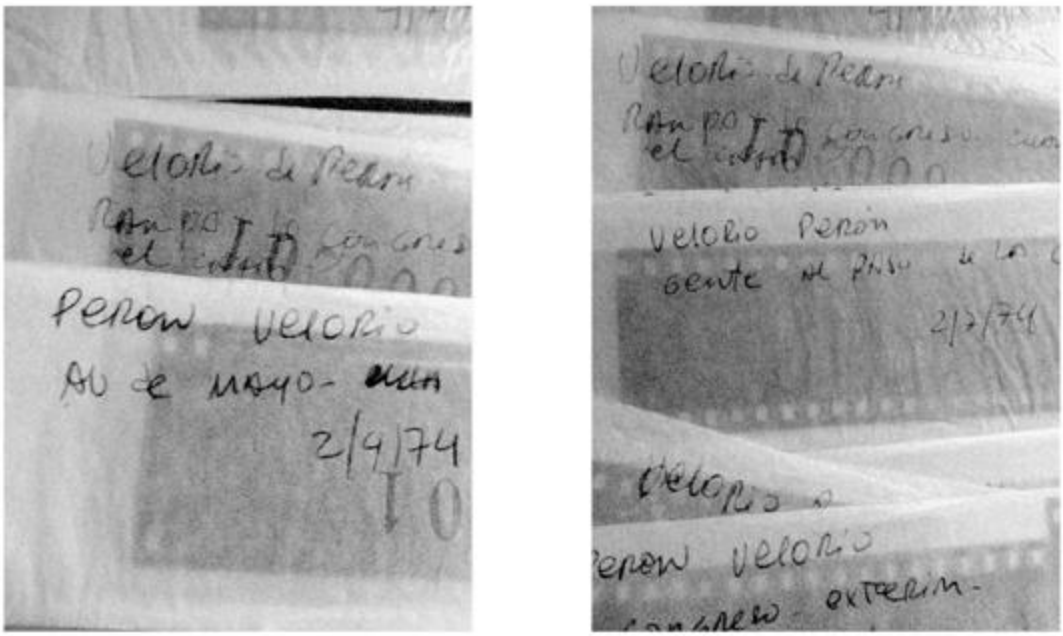
Primero me impactó volver a ver su letra siete años después de su muerte, y luego me impactaron las fotos. Eran extraordinarias. Una cobertura completa. Fotos de día, de noche, retratos, vistas generales, exteriores, interiores, detalles. Estaba todo.

Digitalicé y retoqué, es decir, borré digitalmente, algunas rayas que tenían los negativos, fotografié los sobres escritos y los archivé.

En julio de 2014, cuando se cumplían cuarenta años de la muerte de Perón, una agencia de noticias que ya no existe decidió publicar esas fotos. La nota fue replicada una infinidad de veces en las redes sociales y se llamó "Las doce fotos del funeral de Perón que nunca viste".



Sepelio de Juan Domingo Perón-Plaza Congreso, 1974
Foto: Marta Merkin



Negativos originales del sepelio de Perón

Veintiséis fotogramas

Es 24 de mayo de 2023 y estoy parada frente al estudio fotográfico que perteneció a Annemarie Heinrich, ubicado en la Avenida Callao 1475, en el barrio porteño de Recoleta. Allí me espera Alicia Sanguinetti, su hija. La contacté para hablar de las fotos que sacó como detenida política en el penal de Villa Devoto, hace exactamente cincuenta años. Mientras espero de este lado de la puerta de vidrio, me doy cuenta de que también la busqué para poder entrar a ese local por el que pasé tantas veces.

Alicia abre la puerta del estudio Heinrich-Sanguinetti y sonríe. Tiene una remera clara que la ilumina y hace juego con su pelo blanco. Detrás de una mampara de vidrio esmerilado hay una oficina en la que está Ricardo, el hermano de Alicia, que también es fotógrafo. En las paredes hay fotos. Algunas que conozco y otras que veo por primera vez. Todas me resultan hipnóticas. Alicia me lleva por un pasillo angosto a otra oficina muy pequeña que tiene un escritorio y unos estantes de madera de diseño art déco que no puedo dejar de mirar. Pienso que por esa mesa de trabajo deben haber pasado los originales de las fotos de Annemarie que más me gustan y que vi reproducidas hasta el infinito.

En ese escritorio, que permanece ahí desde que abrió el estudio en 1959, ahora hay copias, guantes de algodón y papeles. En los estantes hay cajas, sobres con negativos y una gata siamesa que combina perfectamente con los colores que la rodean.

Entre el 24 y el 25 de mayo de 1973, Alicia Sanguinetti (fotógrafa y por entonces militante del PRT-ERP, Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo) sacó un rollo de fotos blanco y negro en el pabellón de presos políticos del penal de Villa Devoto. Eso ocurrió unas horas antes de ser liberada en el marco del "Devotazo", luego de haber estado presa durante más de tres años en distintas cárceles del país.

Alicia es la autora de un material fotográfico de características únicas, hecho en el doble rol de presa política y de fotógrafa.

—Esas fotos fueron apenas un rollo. Era la previa del famoso 25 de mayo del 73. Ricardo, mi hermano, estaba en la calle cubriendo lo que pasaba. Ya sabiendo lo que se venía, prácticamente se había tomado el pabellón de los presos políticos y se empezaba a circular con mayor libertad, a tener la primera visita de contacto con los compañeros presos, porque hasta ese momento estábamos todos por separado. Todavía con un poco de miedo de los guardiacárceles, porque no sabíamos del todo qué iba a pasar. También nos reíamos porque era la primera vez que caminábamos por el penal y veíamos cómo eran las ventanas o de qué color eran las paredes. Hasta ese momento nos sacaban del pabellón con las manos atrás y mirando el piso.

Durante esos años de detención Alicia sufrió varios traslados. Primero estuvo en la cárcel de la calle Humberto Primo, que estaba manejada por unas monjas. Al tiempo, las echaron porque no

querían tener presas políticas y fue ahí que inauguraron el pabellón de mujeres de la cárcel de Devoto.

—En febrero del 72 nos mandaron al sur y ahí inauguramos la parte de mujeres en Rawson. Después de la fuga conocida como "la masacre de Trelew", nos volvieron a mandar a Devoto, bajo el régimen de máxima peligrosidad, porque para ellos éramos todos "asesinos en potencia", y bueno, en el 73 salimos. En todo ese tiempo no vi una cámara de fotos ni por casualidad. Además, teníamos terror de fotografiar caras o cualquier cosa que pudiera comprometer a los compañeros.

El 25 de mayo de 1973 Héctor Cámpora asumió la presidencia. Durante su campaña, prometió que iba a liberar a todos los presos políticos.

—Ricardo estaba haciendo fotos en la calle con las movilizaciones y además era día de visita. Él no pensó que iba a poder entrar con la cámara, pero se tiró el lance. Como hacía frío, se había puesto esos camperones que usaban los fotógrafos. Guardó la cámara, que era una Exakta, de origen alemán, en un bolsillo interno y ni siquiera le hicieron un cacheo. Así que tuvimos la visita en el patio, con los familiares, y ahí me dijo ¿querés que te deje la cámara y hacés unas fotos acá? Le dije que sí, y me la dejó con el único rollo que tenía, que ya estaba empezado.

Alicia hizo fotos en el pabellón, con el resguardo de que no se vieran bien las caras.

Todavía recuerda la sensación que tuvo al volver a tener una cámara de fotos en sus manos, después de tanto tiempo.

—Me entusiasmó sentir que yo podía registrar la historia de lo que pasaba ahí adentro. Pensaba: "tengo que fotografiar para recordar esto", tenía esa conciencia en el momento. Ese día fue realmente eufórico para nosotros. Lo pasamos haciendo banderas y preparando cosas. Además, no estuvimos seguros de que salíamos hasta último momento.

En YouTube existe un video del momento exacto de la liberación: un canal televisivo cubre la noticia desde el penal. La cámara se mueve desprolija mientras la voz en off del cronista dice: "Esto es Villa Devoto, 25 de Mayo de 1973. El presidente Héctor José Cámpora acaba de firmar un indulto que beneficia a más de quinientos detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Ahí, en ese camión que habitualmente funciona para el transporte de carne, salen los primeros grupos que han sido liberados, después de conocerse el indulto firmado esta noche por el Presidente. Villa Devoto. Casi las doce de la noche. Indescriptible la algarabía que se vive aquí en el lugar. Miles de manifestantes".

—Salí con la cámara, las cartas que me había mandado mi compañero y las pocas cosas que tenía en el penal. Cuando me encontré con mis padres, les entregué todo eso. Le dije a mi mamá que por favor me lo guardara. Eso fue el 25 o el 26 de mayo. Enseguida me tuvieron que operar de una peritonitis y a los diez días ya nos mandaron con mi compañero a Santa Fe, así que ni me acordé de ese rollo. Mi madre, muy respetuosa, lo había sacado de la cámara y lo había guardado sin revelar junto con las cartas.

Pasaron todas las cosas que pasaron, terminó la dictadura militar y fue en el 83 que nos reencontramos con ella. Fue cuando me dio la caja y me dijo: "Todo esto es tuyo y acá adentro hay un rollo de fotos".

La caja que contenía el rollo blanco y negro marca Ilford de 100 ASA –sin revelar– estuvo guardada o escondida en el Estudio durante casi diez años. Cuando Alicia la recuperó no recordaba ni la existencia de ese rollo fotográfico ni de su contenido. Annemarie le pidió a Ricardo que lo revelara y fue ahí que aparecieron las fotos de Devoto.

—Yo no lo podía creer. Inmediatamente nos reunimos con las madres de varios de los detenidos y juntas tratamos de identificar a todos los que aparecían en las fotos, quiénes eran, quiénes estaban con vida y quiénes no. En ese rollo encontramos fotos de María Antonia Berger, de Susana Giacche de Schneider y de otros compañeros que ya se encontraban desaparecidos.

Alicia administró muy bien los veintiséis fotogramas que tenía disponibles. Hizo retratos de cerca y de lejos, paisajes vacíos, detalles y vistas generales. Son fotos importantes. Históricas y políticas, vibrantes y bellas.

—¿Dónde está ese rollo?

—¿Querés conocer el archivo?

Sonrío y la sigo por un nuevo pasillo, se abren y se cierran más puertas y entramos a otra dimensión. El ambiente es pequeño y está completamente tapizado, desde el piso hasta el techo, con cajas que

contienen negativos y copias originales. Todo está etiquetado por temas, categorías, fotógrafos y fechas. Hace frío. Esa temperatura evita que se produzcan cambios químicos que puedan dañar las emulsiones fotográficas. El olor ácido de los químicos invade el aire y me transporta de inmediato a un momento feliz. No me quiero ir nunca de esa especie de parque de diversiones de la materialidad. En los estantes pueden leerse nombres de artistas, políticos, músicos, bailarines y escritores, fotografiados por Annemarie Heinrich, Alicia D'Amico, Anatole Saderman, Juan Di Sandro o Grete Stern, entre muchos otros.

—Este archivo lo estamos cuidando religiosamente con mi hermano. Acá está todo lo que pasó en el siglo XX en nuestro país. Lo estamos digitalizando hace veinte años, pero todo es a pulmón. Acá hay mucho material que todavía permanece inédito. Hay más de cuatrocientas mil placas, todo el archivo de 6x6 y el material de 35 milímetros. Para terminar de digitalizarlo necesitaríamos tener cinco personas trabajando de lunes a viernes durante más de veinte años. Ricardo y yo trabajamos a full, y eso que sólo estamos dedicados al archivo Annemarie. No sé qué pasará con esto el día que nosotros no estemos.

El rollo que Alicia sacó hace cincuenta años también está guardado ahí. Esos veintiséis fotogramas que fueron digitalizados y reproducidos muchas veces en libros, revistas, diarios, artículos, películas y entrevistas ahora están envueltos cuidadosamente en un sobre libre de ácido y forman parte de ese gigantesco archivo, ese océano interminable de imágenes, uno de los patrimonios

fotográficos más importantes de Argentina. Hay otra puerta cerrada. Alicia la abre y nos lleva al laboratorio fotográfico que aún está en uso. Hay mesadas con ampliadoras, frascos, químicos, cubetas, papeles fotosensibles, relojes, luces rojas y objetos pertenecientes al siglo XX. Me alivia que todo eso permanezca intacto.

Antes de despedirnos, volvemos a la pequeña oficina del escritorio de madera. La gatita nos mira –inmóvil– desde un estante. Alicia la acaricia.

—¿Les puedo sacar una foto?

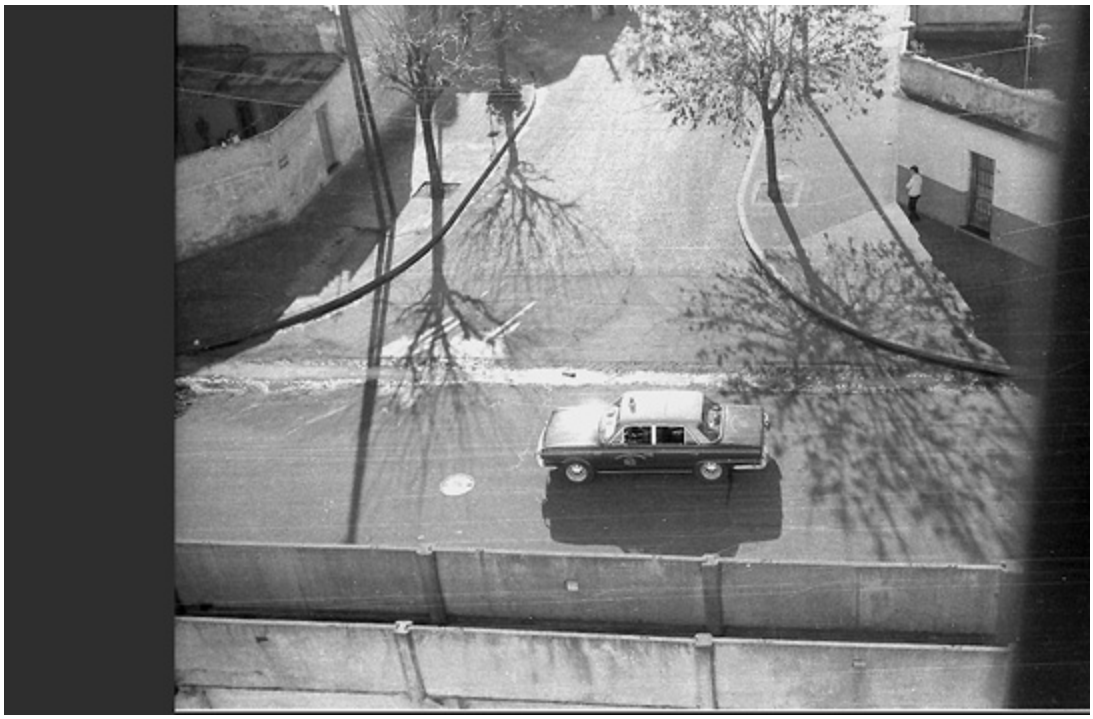
—Sí, claro.

—Con el celular, perdón. No traje la cámara.

Alicia se ríe, pero acepta.



Susana Giacche de Schneider y Tati Villafañe en el penal de Devoto. Foto: Alicia Sanguinetti



Vista de una calle posterior del penal desde un ventanal del Pabellón. En la calle, un patrullero

Foto: Alicia Sanguinetti



Detenidos y detenidas confeccionan banderas en el pasillo del pabellón.
Foto: Alicia Sanguinetti

La hija del Tiburón

La imagen es vertical. Blanco y negro, con una tonalidad apenas cálida. Sobre una pared de ladrillos barnizados que brillan por la luz del flash, hay una nena sentada en un banco de madera. Tiene puesto un vestido estampado y zapatillas sin medias. Usa pelo corto y flequillo. Sus brazos están levantados como si estuviera pidiendo que le hagan upa y en la cara parece tener ese gesto que precede al llanto. La nena es Mariana Eva Sala y la foto la sacó Edgardo García en Resistencia, Chaco, en 1975.

El 17 de mayo de 2019 Mariana Eva Sala publicó en su cuenta de Facebook: *Hace 8 años fue la sentencia del Juicio de Margarita Belén por el fusilamiento de 22 compañeros en la ruta entre Formosa y Chaco (ahí mataron a mi papá, el Flaco Sala). En la sentencia se me acercó un señor (Edgardo) muy emocionado y me dijo: "Esta foto la cuidé toda mi vida, es de la nena que me dieron para cuidar porque se habían llevado a sus papás. Vivió en casa durante varios meses hasta que me dieron la orden de que la deje en la estación de micros que otro compañero la iba a llevar con su familia. Nunca supe si sobrevivió. Cuando fue el juicio me acerqué por si alguien la llegaba a conocer y ahí me dijeron que vos eras la hija del Tiburón.*

Estás viva y esta foto te pertenece. Te cuidamos como una hija y la foto siempre estuvo en la cabecera de mi cama con la de mi nieta.

El 13 de diciembre de 1976 –a unos treinta kilómetros de Resistencia– en un operativo en conjunto, el Ejército Argentino y la Policía del Chaco torturó y asesinó a veintidós detenidos políticos, entre los que se encontraba Néstor Carlos Sala, el papá de Mariana. Esa ejecución disfrazada de enfrentamiento es recordada como la Masacre de Margarita Belén.

En 2011, en un fallo considerado histórico, el Tribunal Oral en lo Criminal Federal de Resistencia condenó a prisión perpetua a ocho militares imputados por la masacre.

Edgardo vio esa foto todos los días durante treinta y cinco años sin saber si esa nena había sobrevivido. Mariana, que durante esos treinta y cinco años no supo de la existencia de la foto, ahora la guarda entre sus objetos más valiosos.

—Me gusta, pero prefiero no verla seguido. La nena que fui no la estaba pasando bien.



Mariana Eva Sala. Chaco, 1976
Foto: Edgardo García

Tito y Ema

Tito y Ema eran mis vecinos. Vivían solos con sus tres gatos. Tenían 80 años y no habían tenido hijos. Era frecuente verlo a Tito sentado en una silla en la puerta de su casa. Intercambiaba con él apenas un saludo formal, a veces acompañado por una queja leve sobre el frío o el calor.

Un tiempo después empezó a lamentarse por la salud de Ema. Ella estuvo postrada unos años, en los que Tito se ocupaba de todo. Iba y venía, con el carrito de las compras. Siempre serio y siempre cansado. Cuando Ema murió, a Tito se lo veía tristísimo y más flaco. Ya no tenía apuro por volver a la casa. No duró mucho Tito sin Ema. Dos años después, él también se murió.

La persona que vació la casa dejó la calle –mi calle– regada de sus objetos: un par de botines de fútbol antiguos, un bastón, un disco de vinilo de la llegada del hombre a la luna y varias diapositivas. Todo estaba suelto, sin ninguna bolsa o caja que les otorgara un poco de intimidad a los objetos o a la memoria de mis vecinos.

Junté las cosas en una bolsa de consorcio y la dejé en la esquina. Las fotos me las quedé.

Diez años después estoy buscando otra cosa y aparecen –todavía inéditas– las fotografías de Tito y Ema. Las ordeno sobre una mesa

de vidrio que proyecta luz. Las cuento: son cuarenta y tres diapositivas color y todas tienen fecha. Algunas dicen "mayo de 1970" y otras, "septiembre de 1972".

Hago un breve inventario del contenido de las imágenes: una antena parabólica, el Río de la Plata, la entrada de la República de los Niños, Ema en el interior de un micro de larga distancia, Tito saliendo del mar, Ema saliendo del mar, Ema posando en bikini, Ema custodiada por dos flamencos rosas, el plano detalle de una flor amarilla, Tito y Ema en el Hotel Provincial de Mar del Plata, el reflejo del agua, el puerto, el Jardín Japonés, la estatua de una virgen, Tito y Ema muy abrigados, un catamarán que se aleja en el río, Ema tomando sol con anteojos que ocupan gran parte de su cara, el plano detalle de una montaña con el pico nevado, Tito y Ema en malla subidos a una roca en la orilla del mar.

Las digitalizo y vuelvo a mirarlas. Hay un retrato de Tito que tiene reminiscencias *bressonianas*: profundidad de campo, diferentes escenas que conviven en la misma imagen, una composición perfecta y una luz justa. Imagino a Ema fotografiando a su marido y después a los dos mirando el resultado de esa toma.

Esas fotos son, tal vez, todo lo que queda de Tito y Ema. No voy a tirarlas. Siento la absurda responsabilidad de conservar esos momentos de felicidad ajena.

Los recuerdos y las fotos se parecen.



Tito y Ema en el mar (1972)
Foto: autor desconocido

La foto de *Sur*

Tengo ante mis ojos –si se me permite el oxímoron– una de las copias originales de la foto emblemática de la revista *Sur*. Forma parte del gran archivo que habita en Villa Ocampo, y es una de las cuatro o cinco reproducciones que los hermanos Forero le entregaron a Victoria Ocampo después de haber registrado ese momento, en 1931.

Está copiada en papel brillante, mide 22,8 por 16,6 centímetros y en el reverso, con letra cursiva y tinta negra, hay una lista con los nombres de los fotografiados: Francisco Romero, Eduardo Bullrich, Guillermo De Torre, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo Mallea, Norah Borges, Victoria Ocampo, Enrique Bullrich, Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Ramón Gómez de la Serna, Carola Padilla, María Rosa Olivier y Ernest Ansermet. En el extremo inferior dice "Sur: Palermo chico, Calle Rufino de Elizalde, donde vivía V.O. a partir de 1929". Curiosamente esa es la letra de Victoria Ocampo, que escribe en tercera persona como si fuera otra. En la foto, además, se puede ver la marca estampada de un sello ovalado que dice: "Hnos. Forero, fotógrafos".

Los hermanos Diego y Nicolás Forero tenían un estudio de fotografía ubicado en la calle Maipú 379 del centro porteño. Fotografiaban edificios y obras de arte y se especializaban en hacer

fotos a domicilio. "Todo el mundo lo dice: para buenas fotografías, Hnos. Forero", decía el aviso con el que publicitaban su trabajo.

De esa mítica sesión, Victoria Ocampo dijo: "Quise inmortalizar el nacimiento de la revista *Sur*. Llamaron a los Hermanos Forero que hacían esas fotos a domicilio, con ese magnesio que cegaba. Tomaron varias poses. Elegí tres, que son las que siempre se publican".

La más conocida es la de la escalera. La vimos replicada cientos de veces en diarios, revistas, libros, redes sociales y documentales, pero sólo se publicó una vez en *Sur*. Fue en 1951, en la edición especial por el aniversario número veinte de la revista. La mayoría de los epígrafes que la acompañan la definen como "La foto del nacimiento de la revista *Sur*", pero en realidad la toma se hizo cuando se preparaba la salida del tercer número, publicado en el invierno de 1931.

Lo que se ve es un grupo de personas –cuatro mujeres y diez varones– que posan desordenados en una escalera blanca y un enorme cactus que podría ser una escultura de arte moderno. Victoria Ocampo no mira a cámara, está sentada en el borde del pasamanos de la escalera, casi al borde de la foto y casi afuera de la escena. Parece estar observando con orgullo eso que logró.

María Cristina Forero, más conocida como María Moreno, es la nieta de Nicolás Forero. En 2007 escribió una nota en el suplemento "Radar" de *Página/12* sobre *Victoria Ocampo en fotografías*, el libro que la fotógrafa Sara Facio acababa de publicar. Ahí escribe: "Victoria Ocampo y yo tenemos algo en común: con el pretexto de

iluminarnos y no contando aún con el artilugio del flash, un Forero nos deslumbró hasta la ceguera".

La toma de la escalera no fue la única que los Forero hicieron ese día. Hay otra menos conocida en la que el grupo fundador de la revista posa en el living de esa casa de estilo racionalista. A sus espaldas, hay un espejo en el que ubicaron tres impresiones con un mapa de América y la palabra "Sur". A la derecha, sobre una mesa baja, hay un portarretratos con la foto del escritor Ricardo Güiraldes, fallecido hacía poco tiempo.

De las catorce personas que están en la foto, siete están paradas, cinco sentadas en un sillón y dos en el piso, sobre una alfombra de diseño cubista, obra de Pablo Picasso.

En la misma nota, María Moreno escribe sobre otra foto firmada por los Forero: "Pero la fotografía más sorprendente de la serie es la menos difundida y por eso uno de los muchos hallazgos del libro de Sara Facio. Gómez de la Serna parece estar dando una conferencia ante un grupo de personas que dan la espalda a la cámara. Por detrás de Gómez de la Serna hay un espejo que refleja, entre otros los rostros de Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo y Victoria Ocampo. Y por sobre las figuras reflejadas, una sombra informe sugiere la presencia de la cámara y algún dispositivo que incluiría seguramente esos trapos negros, misteriosos, suerte de mangas inmensas que formaron parte de los objetos de mi padre –también fotógrafo– hasta su muerte. Y detrás de todo el grupo, en otro plano, borroso por la luz, puede verse a mi abuelo Nicolás, quien seguramente utilizaba el disparador a distancia adecuado a las fotografías de estudio".

Walter Benjamin sostiene que al poder hacer un sinnúmero de impresiones de una sola placa fotográfica, no tiene sentido preguntar cuál de ellas es la auténtica. Yo, en cambio, puedo asegurar que existen impresiones más auténticas que otras. Acceder a su materialidad, ver las marcas que la letra manuscrita dejó en el papel y advertir la tonalidad que adquirió por el paso del tiempo es una experiencia que no se parece en nada a observar a una imagen digital.

La foto que sacaron los hermanos Forero, intervenida después por la letra de Victoria Ocampo, rescatada por Sara Facio y descripta por María Moreno, parece reproducir, de un modo más preciso, lo irrepetible.



Grupo fundador de la revista *Sur*, 1931
Foto: Hermanos Forero
© Fundación Sur. Reproducción autorizada

La nena de la foto

Cecilia Priego tenía 7 años cuando descubrió el lugar en el que su papá guardaba la llave de su caja fuerte. Iba al colegio al turno tarde y todas las mañanas pasaba un rato sola con la señora que la cuidaba. Cuando su hermano estaba en la escuela y sus padres en el trabajo, Cecilia buscaba entre los cajones de la ropa el frasquito de tapa verde que contenía la llave con la que podía acceder a esa caja metálica, empotrada en la pared, en la que su padre atesoraba las cosas importantes. Ahí había papeles, documentos, una colección de boletos capicúa, dinero de distintos países y una billetera roja que tenía una foto: la imagen blanco y negro de una nena chiquita, parada en la vereda, que mira a cámara y se ríe. A su izquierda hay una persiana baja de un negocio que tiene un nombre ilegible. Más atrás, se ve a un hombre vestido con una camisa blanca y un pantalón oscuro al que el encuadre le cortó la cabeza; y más lejos parece distinguirse una mujer que camina en sentido contrario a la nena, que está vestida con una pollera blanca y una remera de cuello redondo. En su mano derecha lleva puesta una pulsera de hilo, tiene el pelo cortísimo y un flequillo recto y prolijo que le llega justo por encima de las cejas. A Cecilia no le parecía raro que su padre tuviera una foto de ella entre sus objetos más valiosos, pero

no entendía por qué no había –junto con esa– una foto de Fernando, su hermano.

Cecilia tenía doce años cuando encontró en la caja fuerte una libreta matrimonial que nunca había visto. Ahí decía –con sello oficial y todo– que sus padres se habían casado unos meses antes, en julio de 1984.

—Me acuerdo de que desde ese momento empecé a abrir la caja fuerte para mirar esa libreta matrimonial. Miraba todas las hojas, porque ahí estábamos mi hermano y yo inscriptos como hijos. Me obsesionaba que dijera que se habían casado en julio de 1984. ¡Estábamos en 1984! No podía ser, ellos ya estaban casados y usaban anillo. Entonces pensé que tal vez las libretas se renovaban como los DNI, pero igual no lo entendía.

En 1991, un llamado de larga distancia precipitó la resolución de un gran secreto familiar.

Obligado por las circunstancias, Fernando Priego padre sentó a sus hijos y a su esposa en el living de su casa y empezó a contarles las partes de su vida que ellos desconocían. El relato empezó muy atrás en el tiempo, se ubicó en España con sus antepasados y terminó con una gran revelación. Fue en ese momento en el que Cecilia entendió por fin esa incómoda sensación de sospecha permanente que la acompañaba desde que tenía memoria. Antes de radicarse en Argentina y formar esa familia, su padre, que era español, ya se había casado y ya había tenido una hija.

Los hermanos Priego intentaban entender lo que acababan de enterarse, cuando su padre les mostró la billetera roja y les dijo que

la nena de la foto –esa que Cecilia conocía de memoria– era Belén, su hermana española.

Ese gran misterio familiar, agigantado por las pistas y los indicios que Cecilia había coleccionado durante toda su vida, empezaba –por fin– a resolverse.



Belén Priego, España, 1965
Foto: autor desconocido

Las vidas de Oscar

En 1998, en la ciudad de Chivilcoy, un hombre vivía a la intemperie.

Sobre él se decían cosas que no eran ciertas: que había dejado de hablar para siempre, que había matado a su padre, que comía perros, que dormía en un cajón de muertos, que había estado preso o que era el hombre de la bolsa. Su nombre era Oscar Ojeda y vivía en un auto abandonado en el Puente de las Tres Bocas, el punto donde confluye el agua de toda la ciudad.

Nadie sabía qué le había pasado ni por qué estaba ahí: Oscar no hablaba.

El fotógrafo Daniel Muchiut nació en Chivilcoy y, al igual que todos los habitantes de esa ciudad, conocía bien a ese hombre del que se hablaba tanto y se sabía tan poco. Ese hombre que ya era parte del paisaje que nadie quería mirar.

—Para mí él era un misterio absoluto. Era muy fuerte verlo deambular por las calles de la ciudad con sus bolsas, sus perros, su barba, su ropa y todo su respeto, porque nunca pedía nada. Vivía en un Siam Di Tella, sin ruedas ni motor, y había armado una especie de carpa, donde juntaba ropa o lo que encontraba para cobijarse.

Daniel quiso fotografiarlo y Oscar aceptó.

En esas primeras fotos –de 1998– es difícil distinguir la figura de un hombre. Oscar está mimetizado con una montaña sin límites hecha de perros, bolsas y basura.

De esos días también hay un retrato en el que el fotógrafo y el fotografiado posan juntos: Daniel y Oscar miran serios a cámara y brindan con dos vasos de plástico. Beben algo que podría ser sidra o vino, que proviene de una botella verde que tiene Daniel en la mano derecha. La luz del atardecer –esa que hay que esperar que llegue y una vez que llega hay que apurarse porque dura poco– ilumina sus caras y la de los cinco perros que los acompañan, la basura que los rodea y una bolsa de plástico blanca que Oscar sostiene con dedos que parecen garras. La foto registra el principio de lo que más adelante se convertirá en una gran amistad. Pero es también el inicio de un trabajo fotográfico excepcional que será sostenido en el tiempo, con dedicación, respeto y belleza.

Daniel fotografió la vida de Oscar durante dieciocho años, entre 1998 y 2016. Sin perderle nunca el rastro, documentó todos los lugares en los que vivió: el interior de un auto, una tapera, una pensión, la calle, un hospital y, finalmente, un geriátrico municipal. Retrató sus diferentes aspectos físicos. Fotografió a Oscar en sus estados más salvajes y a todos los perros –muchísimos perros– que lo acompañaron siempre.

En las últimas fotos del ensayo, una serie de retratos de Oscar se fusionan con la cara de un perro. El resultado de ese experimento visual, concebido por Daniel como un homenaje a esos animales nobles, es inquietante y conmovedor.

Existe otro autorretrato del fotógrafo y el fotografiado, hecho dieciocho años después que el primero: Daniel y Oscar miran a cámara. Están parados sobre un campo de pastizales altos y sus caras serias se recortan en un cielo plagado de nubes grises.

Daniel registró el paso del tiempo.

—Con Oscar nos vimos envejecer. Es algo angustiante darse cuenta cómo pasa el tiempo.

En el año 2017, ese trabajo fotográfico se convirtió en un documental que también se llamó *La vida de Oscar*. Fue dirigido por Daniel y el colectivo de arte La Confianza. El afiche del documental –compartido en redes sociales– incluía uno de sus retratos y una frase escrita en tipografía amarilla que decía: "Distintos momentos de la vida de Oscar Ojeda".

—Publicamos una invitación del documental por las redes y un día me llamaron de una asociación, para decirme que andaban buscando a un Oscar Ojeda. Lo buscaban sus dos hermanos con una sola foto de cuando eran chiquitos. Me preguntaron algunos de sus datos y coincidían. Encontraron su partida de nacimiento en Misiones y ahí se produjo el milagro.

El milagro era que Oscar Ojeda –fotografiado por Daniel Muchiut durante dieciocho años– era el mismo Oscar Ojeda que buscaban Irma y Raúl, sus hermanos, desde hacía cincuenta y ocho años.

Los hermanos Ojeda nacieron durante la década del cincuenta, con pocos años de diferencia, en Puerto Piray, un pequeño municipio de la provincia de Misiones. Sus padres se separaron cuando ellos eran chicos. Ángela Franco, su madre, los dejó a cargo de un tío que no tenía intenciones de cuidarlos. Unos años después, Ángela volvió

a buscarlos, pero ya estaba en pareja con Castro, un hombre cruel que los maltrataba.

Cuando Oscar tenía 8 años y Raúl 5, su madre decidió abandonarlos de nuevo y los llevó al Juzgado de Menores de La Plata. Raúl recuerda que estaba con Titi –que era como él le decía a Oscar– cuando lo agarraron de la mano y se lo llevaron por un pasillo:

—Miraba para atrás y estaba mi hermano, hasta que me di vuelta y ya no lo vi más. Ahí me di cuenta de que mi hermano no iba a venir conmigo, y esa fue la última vez que lo vi.

Raúl fue trasladado a un colegio de Villa Elisa, en La Plata, y después a un orfanato en Olavarría. A Oscar lo mandaron a Mercedes y fue ahí donde le perdieron el rastro. Ni su madre ni sus hermanos supieron que él estaba en el Hogar Barneda, en Chivilcoy.

A Irma la mandaron a Misiones con su abuela Ignacia:

—Me llevaron con mi abuela, pero después ella tuvo algunos problemas y empecé a rodar de nuevo. Volví con mi mamá y su marido, y fue todo una tortura, algo horrible. Cuando cumplí 12 años, en un almacén, escuché a una señora que buscaba una empleada doméstica. Entonces me llevó a trabajar a su casa, con cama adentro, para que cuidase a sus nenes en un departamento en Peña y Pueyrredón, en Buenos Aires.

Lo que pasó después no está claro para nadie.

Oscar –ya desencontrado de su familia– trabajaba como obrero, tenía novia y amigos. Hay una foto de esa época, en la que tiene entre 17 y 18 años, se lo ve contento, bien vestido y abrazado a una chica.

En Chivilcoy circulan distintas versiones que coinciden en que pocos años después, en la década del setenta, Oscar fue injustamente detenido por la policía y torturado. Nunca se supo qué fue lo que le pasó, pero después de ese episodio, Oscar ya no fue el mismo. Quedó como desconectado, dejó de hablar y se convirtió en ese hombre que vivía a la intemperie.

Irma y Raúl siempre mantuvieron el contacto entre ellos y siempre buscaron a su hermano. Tenían una sola foto de él: en el centro de la imagen, Oscar, de 8 años, abraza a Raúl, de 5. Están peinados a la gomina y vestidos con una camisa planchada, prolijos. En cada extremo hay dos retratos más de cada uno de ellos, que aparecen como si estuvieran flotando porque tienen ese efecto tan utilizado en las fotos de esos años: los bordes difuminados unidos por un fondo blanco.

Fernanda, la hija de Raúl, le dijo a su padre que para buscar a su hermano debería comprarse un teléfono moderno y abrirse una cuenta en Facebook.

—Mi hija Fernanda es la que me ayudó, ella hizo casi todo. Puso esa foto de nosotros dos por Facebook, y escribió que buscábamos a mi hermano Oscar Aníbal, que hacía cincuenta y ocho años que no lo veíamos. Después, una señora se comunicó con ella y con Daniel. Y ahí fue que viajamos todos para Chivilcoy.

Es domingo 27 de agosto de 2017. Una cámara sigue a Irma y a Raúl en el momento en el que ingresan al Geriátrico Municipal de Chivilcoy en el que vive su hermano Oscar. Es temprano y hace frío. Caminan por un jardín y lo ven. Oscar los mira acercarse, mientras

está sentado en un banco. Irma abre los brazos unos metros antes de llegar a él. Oscar también abre los brazos. Un perro blanco y marrón entra a cuadro justo en el momento en el que Irma abraza a Oscar. Raúl, que está parado, los mira. El perro mueve la cola y vuelve a desaparecer. Raúl se acerca a Oscar y ahora se abrazan los tres. Sólo se escucha el ruido que hace la cámara fotográfica de Daniel y el llanto emocionado de Irma.

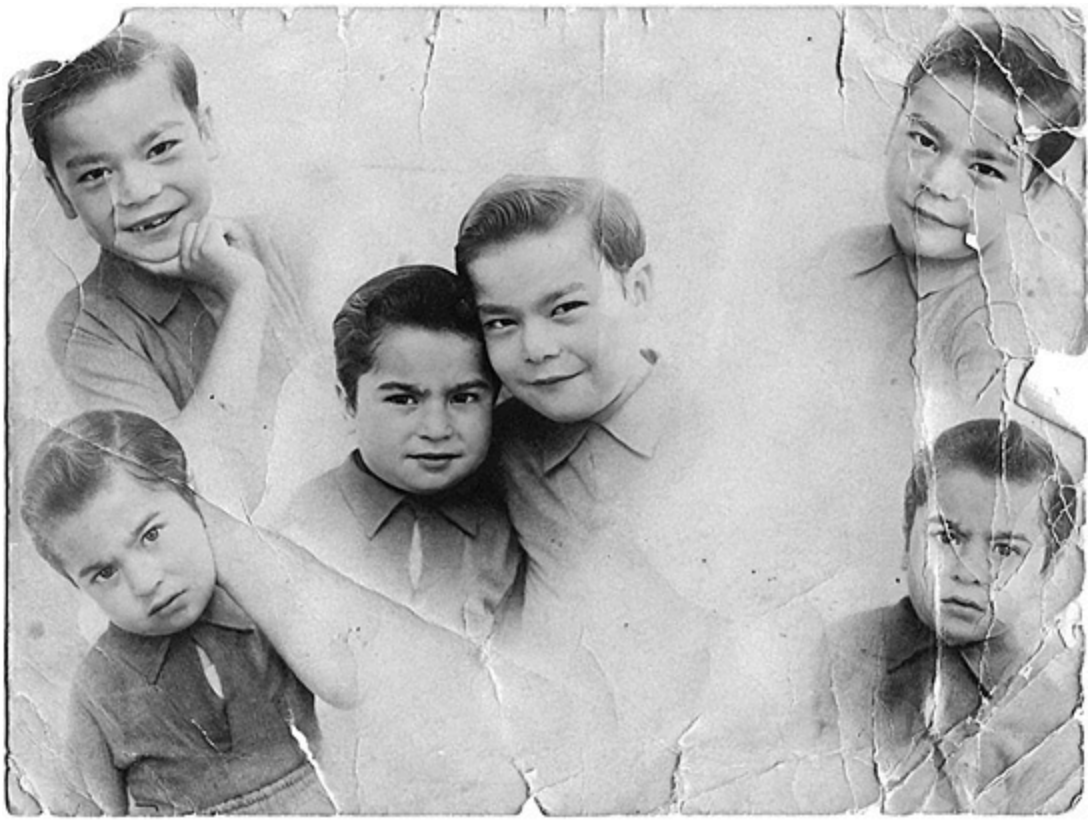
—Estoy muy agradecida con Daniel. Él fue la única persona que se le acercó a hablarle a Oscar en esos años. Sin las fotos nosotros no íbamos a saber nunca por todo lo que pasó. Daniel contó la historia de mi hermano.

A veces, cuando hace frío o llueve pienso en cómo hizo para aguantar tantos años en la calle, tanto frío y tanta tristeza. Y nosotros tantos años nuevos que brindábamos por él sin saber dónde estaba.

Durante los años que estuvieron separados, los Ojeda estaban muy cerca. Irma vivía en General Rodríguez, apenas a cien kilómetros de Chivilcoy, y Raúl, en Zárate, a sólo a ciento sesenta kilómetros de distancia de su hermano. Raúl se preguntaba si Oscar los buscaría también a ellos.

—Y después de que lo encontramos y Daniel me contó todo lo que vivió, entendí por qué no nos había buscado. Por las fotos de él supe que Oscar fue indigente y que estuvo como cuarenta años en la calle y que se salvó de morir en invierno porque los perros lo cubrían del frío.

Desde que se reencontraron en 2017, los hermanos Ojeda visitan a Oscar todos los 20 de octubre, que es el día de su cumpleaños, en Navidad, año nuevo y cada vez que pueden. Ahora tienen fotos nuevas de los tres juntos.



Oscar y Raúl Ojeda, 1958
Foto: autor desconocido



Oscar Ojeda, Chivilcoy, 1998
Foto: Daniel Muchiut



Raúl, Oscar e Irma Ojeda, Chivilcoy, 2017
Foto: Daniel Muchiut

Nadie quisiera encontrar sus propias fotos en la calle

Ver una foto ajena abandonada en la calle es inquietante.

La persona que tira fotos no imagina que otro ser humano pueda encontrarlas antes que el camión de la basura. Si no, no se explica. El que encuentra una foto que fue descartada por otro accede a la intimidad de las imágenes de un desconocido, pero además se convierte en testigo del acto mismo del abandono de ese objeto.

Nadie quisiera encontrar sus propias fotos en la calle.

Ese tipo de material tiene valor y es parte de un género del arte visual conocido como Found Photography, que consiste en la recuperación y puesta en valor de fotografías perdidas o descartadas. Hay mucho de misterioso en esa disciplina porque, además de desconocerse el origen de la imagen y la identidad de su autor, entra en juego el azar del hallazgo. El que se apropia de una foto abandonada por otro se convierte, al mismo tiempo, en rescatista, voyeur y detective. Existen fundaciones, archivos, libros, muestras y documentales de fotografías encontradas en todo el mundo.

Dentro de esta categoría, hay un subgénero que me interesa especialmente: el de las fotos intervenidas. Cortadas, tachadas o estropeadas por el paso del tiempo, la humedad, el agua o el exceso

de luz. Hay fotos a las que se les practicó una "macumba" o que fueron quemadas con fines desconocidos y, probablemente, oscuros. Existen diferentes formas de romper una foto antes de tirarla. Puede ser con tijera o con las manos, dependiendo del nivel de odio o pasión en sangre al momento de destruirla. En esa misma dirección, se encuentran esos álbumes en los que algún integrante de la familia fue cuidadosamente extirpado del relato fotográfico. Aparece su cuerpo pero no su cara, o se lo elimina por completo, haciendo de esa ausencia una marca más visible.

En el año 2002 caminaba por el barrio de Once cuando vi tiradas sobre el asfalto algunas partes de la vida de alguien: una camisa, una corbata, varios libros antiguos y una caja de cartón repleta de diapositivas, todo prolijamente abandonado.

Elegí una de las fotos y la miré a trasluz: un hombre joven con anteojos oscuros está sentado en una silla de mimbre en la playa. Tiene puesto un traje de baño tipo "slip" color gris y el torso descubierto. Hay cinco sombrillas alineadas con rayas azules, rojas y amarillas. Cerca de él, hay hombres, mujeres y niños sentados en esas sillas típicas de balneario argentino. La ciudad podría ser Mar del Plata. Por el marco de la diapositiva y lo que se advierte en la foto, podría pensar que la escena transcurre durante los años sesenta. En el borde inferior derecho se ve el mar. Hay muchas más como esa. Son todas color y tienen marcos de cartón amarillento que llevan un sello estampado con los nombres "Criado y Cervini", un laboratorio fotográfico que llegó a tener varias sucursales en el centro de Buenos Aires. En el reverso de todas las imágenes dice "Industria argentina". Me las llevé todas y las digitalicé.

Predominaban los paisajes vacíos. Pude reconocer Nueva York, el Tigre, Mar del Plata, el Monumento a la Bandera en Rosario, el Rosedal de Palermo, Bariloche y Córdoba. Identifiqué ríos, muelles, rutas, interiores de casas y autos, flores, autitos chocadores y atardeceres. Las más extrañas: una vaca premiada en la Rural, una mujer que posa con un rosal en su jardín, un grupo de personas que anda en bicicleta y una en la que tres hombres están sentados alrededor de una mesa. La foto está subexpuesta, es decir, oscura, pero detrás de ellos se llega a ver el brillo del marco dorado de un espejo.

Hay varias en las que aparecen dos hombres. Posan juntos en ocho fotos y por separado en otras diez. Son elegantes. Usan trajes negros y camisas blancas. Hay una versión idéntica de la foto de las sombrillas de colores, esta vez protagonizada por el otro hombre. Se evidencia la pose.

Hay tres en las que uno de ellos señala cosas con su dedo índice: el cielo, un árbol y un auto.

En una de las fotos, están metidos en el mar con el agua hasta las rodillas y se ríen. En otra, los dos están sin remera en el muelle de una casa que podría estar ubicada en el Tigre. Hay una en la que están sentados al borde de un acantilado y mientras uno mira a cámara, el otro lo mira a él. Tengo una preferida. Está desteñida y un poco fuera de foco. Pero es la que está más cerca de confirmar la hipótesis que pensé la primera vez que las vi. Imaginé que ellos eran una pareja que tenía que viajar para poder estar juntos, lejos de la mirada de los demás.

Si bien es imperceptible, tengo la sensación –no la certeza– de que en esa imagen ellos están tomados de la mano.

En términos de *verdad*, esas fotos son la prueba de que ellos existieron. Sin tener datos, cada vez que las miro imagino versiones apócrifas sobre el vínculo que los mantuvo unidos durante los años en los que registraron su vida con una cámara de 35 milímetros y película diapositiva color.



Dos hombres frente al Monumento a la Bandera de Rosario
Foto: Autor desconocido

Dos fotos nuevas de Eva

Eva Viniarsky y Simón Ulanovsky se casan el 4 de septiembre de 1941. El fotógrafo de Foto Regio –un estudio especializado en bodas del barrio de Chacarita– registra el momento. Los novios no miran a cámara. Están serios y rodeados de dos enormes ramos de calas. Ella, de blanco y él, de negro.

Carlos Alberto Ulanovsky nace el 23 de octubre de 1943 en una clínica llamada Rosenvasser, que ya no existe. Su madre, Eva Viniarsky, no saldrá nunca del sanatorio y morirá el 22 de enero de 1944 a causa de una septicemia originada en el parto.

El 28 de junio de 1944 Carlos tiene ocho meses y es llevado al estudio fotográfico Rodin. Sonríe en todas las fotos, que serán entregadas en un librito color manteca con el logo del estudio estampado en letras doradas.

Las hermanas de Eva se ofrecen como madres sustitutas de Carlos, pero Simón Ulanovsky no acepta. Se mudan a la casa familiar de su hermana Juana, ubicada en la avenida Forest 943 del barrio de Chacarita, donde también vive Rosa, su madre. Entre todos crían al niño, que durante esos años será apodado “Tito”.

Tito tiene 3 años y recibe un conejo de regalo. Estudia al animal, que es muy suave y muy blanco, y lo tira al vacío desde la terraza. El conejo cae y muere en la puerta de la fábrica de ollas a presión Marmicoc. Tito aprende algo que antes no sabía: los conejos no vuelan.

Tito es retratado en un estudio fotográfico. Lleva un peinado con gomina y está serio. Tiene puesto un traje blanco con cuello marinero y unas guillerminas blancas. Está parado sobre un banquito que tiene una funda de tela y tiene la mano derecha en el bolsillo.

Una vez por mes, Tito visita a su familia materna. Su padre lo lleva a Formidable, la tienda de ropa de hombre fundada por su abuelo Julio. Cada vez que entra al local todos lo miran y susurran: "Ese es el hijo de Eva". Sus primos mayores le hacen una pregunta que Tito responderá igual todas las veces:

—¿Dónde está tu mamá?

—En el cielo.

Eva es ahora una imagen, una sola foto que mide 17 por 24 centímetros. Un retrato impreso en papel mate blanco y negro que fue coloreado a mano. Los ojos son celestes, los cachetes, rosados y los labios, rojos. Eva es joven y linda. Tiene puesta una camisa negra y un broche rectangular de brillantes abrochado en el cuello. Lleva el pelo prolijo, no sonríe y no mira a cámara.

Tito está sentado en el umbral de su casa. Tiene cuatro años. Es una tarde de verano, luminosa. A lo lejos ve a su padre caminando. No viene solo, lo acompaña una mujer. Ambos se acercan y se paran

frente a Tito, que los mira con atención. Simón la señala y le dice, sonriendo levemente: "Ella es Adela, tu mamá".

Simón, Tito, Adela y su hijo Jorge son ahora una familia y viven en una casa ubicada en la calle Bogotá 245, en el barrio de Caballito.

Es 1949 y la flamante familia ensamblada veranea en Mar del Plata. El estudio Alba registra a los cuatro caminando por La Rambla. Jorge está vestido con pantalones cortos blancos, un suéter oscuro y tiene los ojos entrecerrados; Tito lo agarra del brazo y tiene puesto un pantalón corto negro, un chaleco de lana rayado y una camisa blanca. Adela usa un pañuelo en la cabeza, una pollera larga y un saco de lana. Simón lleva una camisa blanca, un pantalón negro y zapatos de vestir. Todos sonríen. Atrás, una pareja camina del brazo. Hay viento.

Es 1954. Jorge termina el secundario y hay un gran festejo en la casa, que ahora es grande y está ubicada en Floresta. El diploma que convierte en bachiller a Jorge Polak es exhibido como un trofeo. Tito tiene 11 años y no entiende. Una de sus primas le explica.

—¿Por qué Jorge tiene otro apellido?

—¿Sos estúpido? Él no es tu verdadero hermano.

Confundido, Tito les pregunta a sus padres.

—¿Por qué no me lo dijeron antes?

—No te lo dijimos porque no sabíamos cómo decírtelo.

En la casa de Tito no hay libros, pero hay diarios y revistas que él lee con fervor. Conoce las firmas y los staffs de memoria. Recorta las

fotos de las personas que por algún motivo le parecen interesantes y las pega en el interior de su armario.

Ahora Tito tiene 16 años, es un devoto lector de Gelman y de Juana Bignozzi y escribe poemas. En la cena lee uno en voz alta. Su padre no dice nada y su madre le pregunta de dónde lo copió. Esa noche Tito no puede dormir y escribe un poema al que llamará "Definitivamente elegir". Todavía no sabe que intentará –tres veces– ingresar a la carrera de Medicina, que en pocos años dejará de ser Tito para volver a ser Carlos y que será periodista siempre.

Es septiembre de 2019 y aparecen dos fotos nuevas de Eva que Carlos ve por primera vez.

Es enero de 1941. Eva Viniarsky está en Mar del Plata. Tiene puesto un traje de baño negro y unos aros muy grandes. Está parada sobre la arena al lado de una sombrilla de lunares de la que está enganchada una tela que forma una carpa. Sonríe y un fotógrafo de un estudio llamado U-F-A documenta ese instante.

Un fotógrafo del estudio Guden registra su paso elegante por la Bristol. Tiene un vestido floreado, unos zapatos blancos con un ribete oscuro y una cartera grande que lleva en la mano derecha. Eva, que posa para la foto, no sabrá nunca que muchos años más tarde, esa imagen será la tapa de este libro.



Eva Viniarsky, Mar del Plata, 1941
Foto: Estudio Guden



Eva Viniarsky, Mar del Plata, 1941
Foto: U-F-A

Fotos Mar del Plata

El 29 de marzo de 2017, Dimas Peña le mandó un mail a Estrella Herrera en el que le pedía unas fotos que ella les había sacado a él y a su esposa unas semanas atrás en Mar del Plata.

Fecha: 29 de marzo de 2017, 20:56
Asunto: Fotos Mar del Plata

Estimada Estrella:

A mediados de marzo en oportunidad en que salíamos de Playa Grande, con mi mujer Corita, Ud. se acercó a sacarle unas fotos individuales y luego junto a mí que estaba en una moto. Quería pedirle si fuera tan amable, si nos puede mandar/vender algunas de ellas como recuerdo de una temporada para nosotros inolvidable.

Muchas gracias, un beso

Dimas Peña

Fecha: 3 de abril de 2017, 13:34
Asunto: Fotos Mar del Plata

Estrella:

Sería importante pudiera contactarse de acuerdo al mail anterior, gracias
Dimas Peña

Fecha: 3 abril de 2017, 22:02
Asunto: Fotos Mar del Plata

Hola Dimas!
Estuve de viaje en el sur hasta ayer.
Aquí te mando las bellas fotos con su mujer.
Gracias por haber colaborado!
Ojalá les gusten.
Saludos
Estrella

Fecha: 6 abril de 2017, 17:06
Asunto: Fotos Mar del Plata

Estrella:
Mil gracias por las fotos
Un beso.
Dimas

Fecha: 6 abril de 2017, 17:35
Asunto: Fotos Mar del Plata

De nada!
Les gustaron?
Besos

Fecha: 17 de mayo de 2017, 10:23

Asunto: Fotos Mar del Plata

Querida Estrella:

Hace pocos días, a raíz de un episodio en un sanatorio, un cura me comentaba: "…pensar que uno cree que escribe la agenda…" …y no es así. Cuando menos lo esperaba, sin duda ALGUIEN hizo aparecer una Estrella en nuestro camino.

Te cuento una historia: a mediados de marzo salíamos con Corita, mi mujer, desde el Club Ocean en Playa Grande, Mar del Plata, como casi todos los días, de vuelta a casa, en moto. Corita avanza hacia la calle esperando que yo tome mi moto, acomode los bártulos y la busque. Al acercarme me encuentro con que estaba posando con su coqueto look, frente a una joven con una cámara profesional, meta sacar fotos. Mirando para aquí, para allá, tomando el faldón del vestido con la mano, la capelina inclinada, la mirada, las sombras, las luces, en fin, todo lo que atañe a una foto. Le pregunto: de qué se trata? Divertida me contesta: para una revista. Entonces la fotógrafa, que me veía esperando, se corre para darme paso. No! es mi marido le dice Corita. Ah!, no!, dice la fotógrafa muerta de risa y nos pide sacar fotos en conjunto, al pie de la moto, sobre la moto, arriba de la vereda, bajando y de nuevo el juego de luces y sombras de una profesional. Nos comenta que tenían que preparar una nota para la revista Lugares*, sobre el fin de temporada en Mar del Plata. Le pido que anote mi e-mail para que me mande alguna foto. No lo anota y me da el de ella.*

Partimos para casa, divertidos pero intrigados, empezaron los cuestionamientos. De qué se tratará? Nos habrá tomado el pelo? y una serie de preguntas sospechosas, que tampoco le encontrábamos lógica, ya que ni siquiera nos pidió los nombres o algún otro dato personal. El e-mail podría ser trucho, ni la valija de la cámara, ni el auto tenían identificación.

Googleamos. La persona existía, era fotógrafa profesional, el vínculo con la revista Lugares *existía. Todo era cierto, faltaba ubicarla.*

Entonces le mandé un parco mail, identificándome por el nombre, pero sobre todo por la escena de la moto y mi mujer; pidiendo me mandara/vendiera alguna foto porque para nosotros había sido una temporada inolvidable. No le podía decir por qué.

Sin respuesta, el tiempo me corría, insistí con otro mail. Si no hay respuesta, vía la revista Lugares *de alguna manera tenía que buscar a la fotógrafa.*

Pero no hizo falta. En el momento más crítico, el mail llegó con varias fotos. Le agradecí a la fotógrafa, sin mucha explicación, casi maleducado.

Reenvié la foto a todos los amigos, familiares, grupos de WhatsApp de acá, de allá, de más allá. Las fotos geniales, el escenario divertido, para quien conocía a Corita, el personaje ideal. Las edité en el celular, sepia, blanco y negro y antiguo.

Que saliera en la revista era una posibilidad remota. Escenas espontaneas hay cincuenta, luego habrá que elegir con cual quedarse, en el fondo, no tenía importancia.

Pero un día llega al WhatsApp familiar un mensaje grabado por una sobrina y ahijada especial, emocionada anunciando que "mi

padrino y Corita salieron en moto en una revista" adjuntando la foto y un pie de página que decía: "Una pareja de porteños aventureros".

Corita amaba Mar del Plata, pero Corita estaba enferma, sus pulmones flaqueaban. Aunque me parecía un disparate, ante su insistencia partimos en enero para allí, y el 24 la falta de aire nos obligó a volver a Buenos Aires. Punciones, 15 días internados, y dados de alta con asistencia de oxígeno, unos días y vuelta a Buenos Aires. Unos días y regresamos a Mar del Plata, y allí apareció la Estrella protagonista de esta historia, pero cómo decirle que era una temporada inolvidable porque Corita estaba mal.

Cuando ya no podía moverse un metro, la interné de urgencia y aparecieron las fotos, y los comentarios, y alegrías y ediciones. En cinco días con oxígeno y otras drogas se recauchutó para recibir a sus hermanos que venían del sur y de España. El martes por la tarde la voz anunciando que había salido la foto a página entera, vio la foto y fue lo último que vio. A las pocas horas descansó en paz.

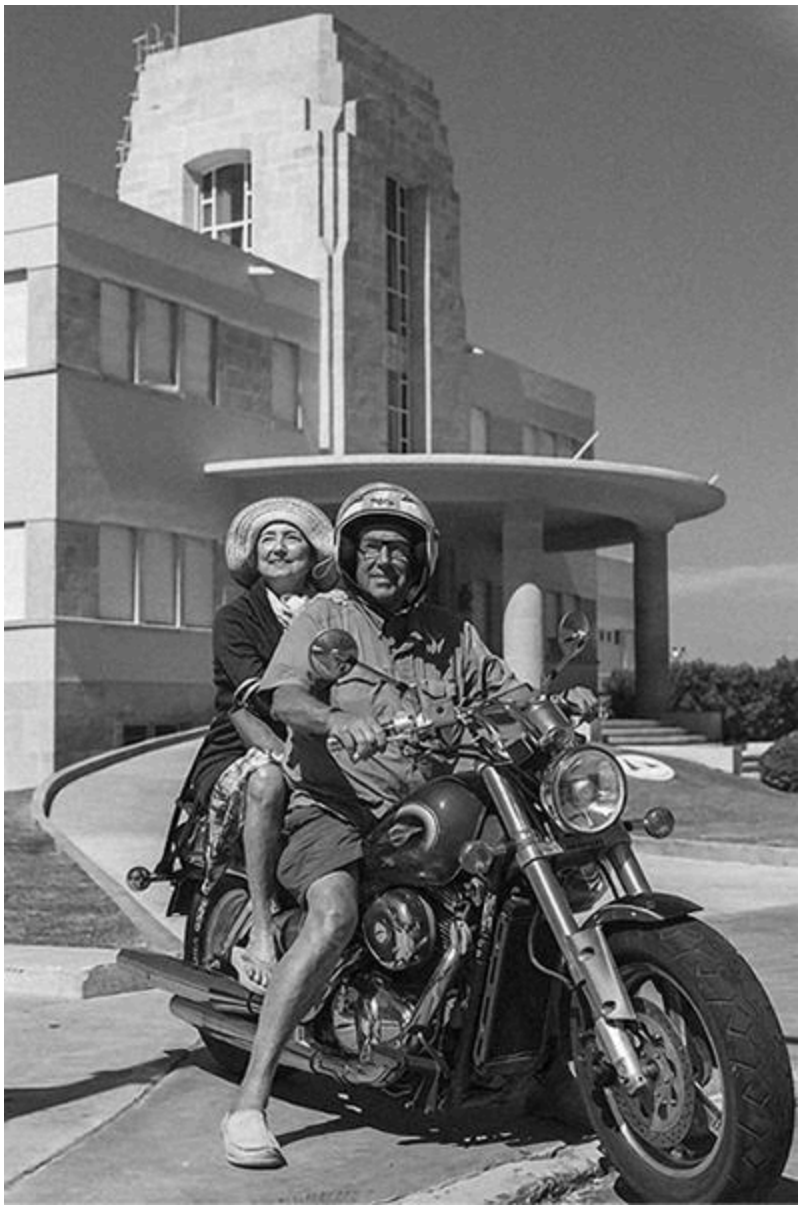
Estrella: te pido mil disculpas por lo inexpresivos de mis mails, estoy profundamente agradecido, las fotos me parecieron buenísimas, divertidas, originales, nos sentimos protagonistas, Corita estaba copada y yo te diría que más. Corita le puso una garra a la enfermedad que no se puede creer, soportó todas las balas sin quejarse un sólo día. Realmente murió viviendo. Como te dije al principio, uno cree que escribe la agenda. Pero Alguien puso una Estrella en nuestro camino, en Mar del Plata, el lugar que Corita más amaba.

Un beso grande y mil gracias.
Dimas Peña

Fecha: 17 de mayo de 2017, 19:06
Asunto: Fotos Mar del Plata

Querido Dimas:
Leí tu carta hace unas cuantas horas y desde entonces estoy pensando en ustedes. Lo cierto es que quedé impactada y conmovida. Siempre que saco retratos siento que es algo que se hace en colaboración, junto con las personas, y por eso me gusta mandárselas luego por mail. Por eso y porque sé que –junto conmigo– son quienes más disfrutan de verlas. Una foto vive más rodeada de los suyos, me gusta que además de entregarlas a la revista, les queden a sus allegados.
Ahora, lo que nos pasó con nuestro encuentro es muy especial. Me hace bien saber que, aún sin quererlo, les hice disfrutar y sentir felicidad en ese momento. Recuerdo la primera imagen de Corita. Es parecida a la de la primera foto que le hice, cuando ella aún no me había visto. Fue una presencia que nos magnetizó a mí y a la periodista al verla. Te agradezco yo a vos que me hagas partícipe de esta historia. Que me hagas saber de esa puntualidad que tuvieron mis apariciones y las de las fotos. Si bien la suya es una foto que me gustó mucho, ahora sé que la voy a recordar toda mi vida. A Corita y a vos. Creo que de alguna manera esto quedará presente cada vez que retrate a alguien. ¡Abrazo fuerte!
Estrella.

Cuando Estrella fotografió a Dimas y a Corita en Mar del Plata vio a una mujer y a un hombre que disfrutaban el final del verano. No se imaginó que esa foto que ilustró la nota de una revista especializada en viajes y turismo sería la foto de la despedida de una pareja que pasó cuarenta y seis años junta, y una de las últimas cosas que Corita vio antes de morir.



Corita y Dimas en Mar del Plata, marzo de 2017
Foto: Estrella Herrera

Un final

Vuelvo de la verdulería y veo una montaña de basura. Me acerco. En el medio de una pila de papeles, hay cuatro negativos de acetato de formato medio. Son blanco y negro, antiguos. Están en mal estado. Rotos, rayados y cubiertos de tierra. Pero las imágenes que tienen impresas son hermosas. Me los llevo. Los lavo y los escaneo. Parecen de los años cincuenta. El hallazgo parece guionado. La narradora del texto, que escribe sobre fotos encontradas, encuentra fotos. Podría otorgarle a este hecho una explicación vinculada con el misterio o el azar, pero podría ser que desde hace algún tiempo, mientras camino, presto más atención a lo que me rodea. Estoy siempre buscando algo, diría.

Una de las fotos encontradas me interesa especialmente. Es una imagen de una pareja que irradia felicidad. Quiero saber todo sobre ellos: sus nombres, cómo se conocieron, de qué trabajaban. ¿Tuvieron hijos? ¿Están vivos? ¿Fueron felices? ¿Quién tiró las fotos?

Me parece un buen final.

Improbable, pero real.



Foto encontrada
Autor desconocido

Epílogo

Las fotos fue publicado en Argentina por Paisanita Editora en mayo del 2020.

A esa primera edición le siguieron seis más.

En 2023 el libro fue editado en España por la editorial Comisura con una versión revisada y ampliada.

El hombre que fotografié desde mi ventana en 1997 ya no es mi marido.

La foto de los padres de Maia Gattas Vargas que se mantuvo guardada en una Biblia durante veinticinco años ahora es parte de *Viento del este*, la película que Maia hizo sobre su padre. Este es el plano en el que aparece la foto.



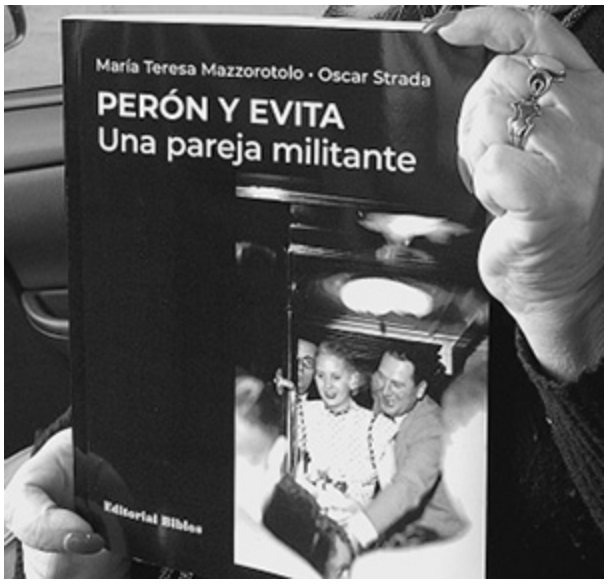
Daniel Bibiano dejó una muestra de sangre en la oficina del Equipo Argentino de Antropología Forense, con la esperanza de que algún día encuentren los restos de Pedro Tomás Bibiano, su padre, desaparecido en abril de 1976.

Mariano Libertella sigue encontrando fotos en la calle. Me manda un mensaje que da cuenta de su último encuentro: "Fue el más grande de mi carrera como encontrador".



María Teresa Mazzorotolo publicó el libro *Perón y Evita, una pareja militante*. La imagen de tapa y las noventa y dos fotografías que acompañan la investigación fueron hechas por Alfredo Antonio

Mazzorotolo. Los negativos de su padre siguen bajo su estricto y amoroso cuidado. Las manos de María Teresa sostienen su libro.



El 4 de julio de 2023 Mariana Eva Sala recibió por WhatsApp otra foto de ella que no había visto nunca porque se había mantenido inédita durante cuarenta y ocho años. Pertenece a la misma serie que le sacó Edgardo García, cuando estuvo bajo su cuidado en Resistencia, Chaco, en 1975. A Mariana le gustó recibirla porque no le produjo la misma tristeza que la anterior. “Parece una nena más rebelde que triste, y eso me representa”.



La casa de Tito y Ema fue demolida y en su lugar se construyó un edificio de cuatro pisos con amenities. Todavía quedan unidades en venta.

Después de conservarla durante años Cecilia Priego le devolvió a su padre la foto de Belén. Ella se la había pedido cuando filmó la película *Familia tipo* en la que revela los secretos familiares. En la actualidad su padre no tiene ningún contacto con Belén y Cecilia sólo la ve cuando viaja a Madrid: "Nunca mantuvimos la relación a distancia, me hubiera gustado que sucediera, pero no sucedió". En este fotograma de la película se advierte el parecido de las hermanas Priego.



Desde el reencuentro, cada 27 de agosto, Daniel Muchuit recibe mensajes de Irma y Raúl, los hermanos de Oscar Ojeda. Le agradecen sus fotos y que haya sido amigo de su hermano durante los años que estuvieron perdidos. Daniel sigue visitando a Oscar, al menos una vez por mes. Lo lleva a comer, a pasear en auto o simplemente le saca una foto para mandársela a Irma y a Raúl que viven lejos de Chivilcoy.



Oscar y Daniel posan con el libro *La vida de Oscar*

En 2025, la Fundación alemana Michael Horbach premió a Daniel Muchiut por su ensayo fotográfico. "En agradecimiento a él y a todo lo que me dio decidí tatuarme una foto de Oscar para que siempre me marque el rumbo por donde ir, lo humano de la vida y tenerlo siempre presente".



Foto de Oscar tatuada en el brazo de Daniel Muchiut

Carlos Ulanovsky me regaló la copia original de la foto de Eva, su madre y nuestra chica de tapa. Descubrí algo que no había visto antes. En el reverso de la foto, ella escribió con tinta negra y letra prolija "A mi futura madre política con todo aprecio. Eva". Le puse un marco rosa y la ubiqué en un pequeño altar que tengo en mi casa.

Dimas Carlos Peña falleció el viernes 9 de enero de 2026. Me enteré por un mail que me mandó Estrella Herrera, la autora de esa foto extraordinaria. Unos días después intercambié unos mails con Victoria, la hija de Dimas y Corita.

De: Inés Ulanovsky
Fecha: 20 ene 2026 a las 14:43
Asunto: Dimas y Corita
Estimada Victoria:

No nos conocemos pero sí conocí a Dimas y a Corita, a través de la maravillosa foto que les sacó Estrella y con esa historia escribí uno de los capítulos más conmovedores de mi libro "Las fotos". Siento mucho lo de tu papá. Intercambié varios mails con él. El último el 24 de diciembre, en el que le contaba que el libro tendrá una nueva vida, una nueva edición, esta vez en la editorial Blatt & Ríos. Me respondió muy amablemente como siempre y me pidió que lo mantuviera al tanto. Estrella me pasó tu mail, en el que le contabas que la foto estuvo presente en esa despedida, me conmovió profundamente. Así que te escribo para estar en contacto y tenerte al tanto de la salida del libro, en mayo seguramente.

Un abrazo grande!

Inés

De: Victoria María Peña
Fecha: 20 ene 2026 a las 17:28
Asunto: Dimas y Corita

Hola Inés,

Sí, me acuerdo del libro que sacaron y él me comentó que había recibido un mail tuyo diciéndole que iba a salir una nueva edición pronto… como siempre, todas las cosas alrededor de esa foto lo entusiasmaban mucho. Sí, por favor, mantenme al tanto de la nueva edición del libro, esa foto fue tan importante para él durante su viudez… y ahora va a ser muy importante para mí que ese recuerdo tan lindo de ambos siga teniendo vida a través de los años.

Muchas gracias por ponerte en contacto y por tus saludos.

Quedo a la espera del nuevo libro!

Cariños.

Victoria.

Muchas gracias a María Moreno, Diego Levy, Daniel Bibiano, Maia Gattas Vargas, Mariano Libertella, Katherine Jagodnik Chab, Aranzazu, Jimena Almarza, Mariana Eva Sala, Daniel Muchiut, Irma, Raúl y Oscar Ojeda, María Teresa Mazzorotolo, Carlos Ulanovsky, Estrella Herrera, Dimas Carlos Peña, Victoria Peña, Cecilia Priego, Ernesto Montequín, Martina López, Juan Javier Negri, Alicia Sanguinetti, Bettina Viniarsky, Gabriela Luzzi, Laura C. Vela, Carlota Visier, Jesús Cano Reyes, Rodrigo Moreno, Jazmín Tesone, Lucila Quieto, Julieta Ulanovsky, Edna Goldman, Sofía Almiroty, María Negroni, Liliana Heer, Tali Goldman, Paula Vázquez, Juliana Fernández, Florencia Calcagno, Violeta Cádiz, Les Mecs, Maestría en Escritura Creativa de UNTREF, Fundación Sur, Fototeca ARGRA, Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo, Archivo Nacional de la Memoria, Paisanita Editora, Editorial Comisura, Enrique Bellande, Damián Ríos y Mariano Blatt.

“Las fotografías son quizá el más misterioso de todos los objetos”.

Susan Sontag

Inés Ulanovsky nació en Buenos Aires en 1977. Es fotógrafa y docente. Publicó los libros *Fotos tuyas* (Secretaría de Cultura de la Nación, 2006), *Algunas madres también se mueren* (Capital Intelectual, 2010) y *Las fotos* (2020, *Paisanita*; 2023, *Comisura*; 2026, Blatt & Ríos).

Estudió Diseño de Imagen y Sonido en la Universidad de Buenos Aires y es Magíster en Escritura Creativa de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Trabajó en medios de comunicación y en archivos. Actualmente trabaja en el Museo del libro y de la lengua y es docente en la Universidad Nacional de San Martín.

En 2019, ganó el Premio *Leamos* de crónica breve "Basado en Hechos Reales".

Ulanovsky, Inés
Las fotos / Inés Ulanovsky. - 1a ed. - Ciudad de Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2026.
Libro digital, EPUB

ISBN 978-631-6567-72-7

1. Narrativa Argentina. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. 3. Fotografía. I. Título.
CDD A860

© 2020, 2026, Inés Ulanovsky
©2026, por esta edición: Blatt & Ríos

1ª edición: 2020, Paisanita Editora
1ª edición en Blatt & Ríos abril de 2026
1ª edición digital: abril de 2026

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar
Foto de cubierta: Estudio Guden
Producción de eBook: Numerikes

blatt-rios.com.ar

ISBN: 978-631-6567-72-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Últimos títulos publicados en Blatt & Ríos

Libertadores de América, Alejandro Droznes
Fundidos a negro, Blas Matamoro
Para que sepan que vinimos, Marina Yuszczuk
Gracias, Pablo Katchadjian
Una oportunidad, Pablo Katchadjian
Maquillada, Daphné B.
Vista desde una acera, Fernando Molano Vargas
Un barroco de trinchera, Osvaldo Baigorria y Néstor Perlongher
Bocetos de natación, Leanne Shapton
Ponqué y otros cuentos, Carolina Sanín
Sin fallos, Lee Child
Tu muchacho tan soñado, Miguel Ángel Lens
El alma de las colinas…, Derian Passaglia
Diario de la Filmoteca, Fernando Martín Peña
La hermosa habitación está vacía, Edmund White
Un método del mundo, Marie Gouiric
Viento del Este, Liliana Villanueva
Diario de una persona inventada, Cecilia Pavón
Miss Tacuarembó, Dani Umpi
La interlengua, Monica Zwaig
Uno no decide lo que ama, Ignacio Veliz
Pundonor, Andrea Garrote

Las chicas Bergman, Ágnes Gurubi
La saga europea, Mariano Tenconi Blanco
El asunto, Lee Child
No son vacaciones, Olivia Gallo
Todas las cosas y ninguna, Pedro Adrián Zuluaga
Todas mis cosas en tus bolsillos, Fernando Molano Vargas
Él habla en el silencio, Guille Félix
Taller de otoño, Blas Matamoro
Cuadernos de Vorónezh, Ósip Mandelstam
Motivos, José María Eguren
Preparación para el amor, Leticia Obeid
Una vida anterior, Edmund White
Nomadismo por mi país, Cecilia Pavón
Presentación de Rodolfo Fogwill, Ricardo Strafacce
Ideas diversas, César Aira
Oblígame, Lee Child
En Pampa y la vía, Osvaldo Baigorria
Un poema pegado en la heladera, Martín Prieto
Borderline Carlito, Carlos Busqued
Alcancía. Ida, Rosa Chacel
Tres clases, Alejandro Tantanian
El cuerpo de Viviana, Grimanesa Lazaro
Peso muerto, Carolina Stegmayer
Martha Argerich. Una biografía, Olivier Bellamy
Sin segundo nombre, Lee Child
Aplausos, Nicolás Teté
Me muero, te quiero, Perla Zúñiga
Misiones, Iosi Havilio

Historia natural, Marina Yuszczuk
Osvaldo Lamborghini, una biografía, Ricardo Strafacce
Como un ciclón, Agustina Adamoli
La libertad total, Pablo Katchadjian
Historia del auténtico niño barbado de la China, Daniel Tevini
Memorias de un semidiós, Héctor Libertella
El arqueólogo, César Aira
Chicos de la calle, Derian Passaglia
Cartas a su madre, Charles Baudelaire
La fila de medianoche, Lee Child
Tocan a muerto, Laura Vivar
La Escuela Neolacaniana de Buenos Aires, Ricardo Strafacce
Olimpo, Blas Matamoro
Medio real, Pablo Katchadjian

blatt-rios.com.ar

blatt & ríos

Table of Contents

Portada
Dedicatoria
AMIA 1997
Archivos incompletos
Sudestada
El encontrador de fotos
El fotógrafo
La fotógrafa
Veintiséis fotogramas
La hija del Tiburón
Tito y Ema
La foto de Sur
La nena de la foto
Las vidas de Oscar
Nadie quisiera encontrar sus propias fotos en la calle
Dos fotos nuevas de Eva
Fotos Mar del Plata
Un final
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Créditos
Últimos títulos publicados en Blatt & Ríos